



COMILLAS

UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

TRABAJO FIN DE MÁSTER

**Máster Universitario en Profesor de ESO y
Bachillerato / Máster Universitario en
Psicopedagogía**

CURSO 2025-2026

**LA LITERATURA FILOSÓFICA BREVE COMO
RECURSO DIDÁCTICO PARA LA ENSEÑANZA DE LAS
GRANDES CUESTIONES DEL PENSAMIENTO A
JÓVENES ESTUDIANTES**

Autor/a: Pedro Igoa García-Puente

Director/a: D. Mario Ramos Vera

Modalidad: TFM de Investigación

Fecha de presentación: 1/1/2026

Agradecimientos

A mis familiares, a mi madre y a mis amigos, que hacen que la vida, y cada día dentro de esta, sean un regalo que merezca la pena experimentar.

A todos los profesores que me enseñaron que el conocimiento, el saber, la felicidad y el amor son lo más bello que tenemos.

A mi tutor, por su atención, dedicación, cercanía y amabilidad a lo largo de todo este proceso.

Y, más especialmente, a todos los profesores y docentes, ejerciendo o por ejercer, que comparten mi mismo camino; a mi padre, a mi hermana Belén, a mi amiga Irene. Tratemos de hacer de este mundo un lugar mejor.

«La respuesta definitiva a la pregunta “¿por qué leer?” es que solo la lectura atenta y constante proporciona y desarrolla plenamente una personalidad autónoma».

Cómo leer y por qué, Harold Bloom.

ÍNDICE

RESUMEN	5
ABSTRACT	5
INTRODUCCIÓN Y JUSTIFICACIÓN.....	6
ESTADO DE LA CUESTIÓN	10
Didáctica de la filosofía	10
La literatura como herramienta pedagógica.....	12
Filosofía y literatura.....	16
HIPÓTESIS	21
OBJETIVOS GENERALES	24
OBJETIVOS ESPECÍFICOS	25
INVESTIGACIÓN	26
Exordio.....	26
Primer bloque: <i>Micromegas</i> y el problema de la realidad o gnoseología.....	29
Segundo bloque: <i>La llamada de Cthulhu</i> y el problema de la realidad o metafísica..	35
Tercer bloque: <i>La metamorfosis</i> y el problema del ser humano o antropología.....	42
Cuarto bloque: <i>La muerte de Iván Ilich</i> y el problema de la ética.....	49
Quinto bloque: <i>Rebelión en la granja</i> y el problema de la política.....	57
PLAN DE TRABAJO	64
METODOLOGÍA.....	65
DISCUSIÓN.....	66
CONCLUSIÓN	70
BIBLIOGRAFÍA.....	72
WEBGRAFÍA	74

RESUMEN

En este Trabajo de Fin de Máster se llevará a cabo una propuesta de acercamiento de los grandes problemas de la filosofía a jóvenes estudiantes de ESO y Bachillerato. Lejos de introducir estos problemas mediante la filosofía más puramente formal y académica, el trabajo consistirá en un análisis de obras breves, en el formato de relatos o novelas cortas, con una carga filosófica remarcable, pero que sean asequibles de cara a buscar un interés, acercamiento e introducción de dichos jóvenes en la filosofía. Mediante el uso de clásicos literarios organizados por bloques temáticos (problema de la realidad, del conocimiento, de la ética etc.) se pretende elaborar una propuesta atrayente y formativa para que los estudiantes vean la filosofía como algo más allá de lo que se imparte en Bachillerato, a saber, un conocimiento multidisciplinar con plena vigencia contemporánea que les permita comenzar a comprender el mundo de manera atractiva y cautivadora.

Palabras clave: Filosofía, Didáctica de la Filosofía, Literatura filosófica, Clásicos, Bloques curriculares, Educación Secundaria, Bachillerato.

ABSTRACT

This Master's Thesis presents a proposal to introduce the fundamental problems of philosophy to secondary and high school students (ESO and Bachillerato). Moving away from a purely formal and academic approach, this work consists of an analysis of short literary pieces—such as short stories and novellas—that possess significant philosophical depth while remaining accessible. The objective is to spark interest and provide an introductory pathway for young people into the world of philosophy.

Through the use of literary classics organized into thematic blocks (e.g., the problem of reality, knowledge, ethics, etc.), this project aims to develop an engaging and educational framework. It seeks to help students perceive philosophy as something beyond the standard curriculum, specifically as a multidisciplinary field with full contemporary relevance that enables them to begin understanding the world in a captivating and attractive way.

Keywords: Philosophy, Teaching of Philosophy, Philosophical Literature, Classics, Curricular Blocks, Secondary Education, High School.

INTRODUCCIÓN Y JUSTIFICACIÓN

En una época en que las humanidades, y más concretamente la filosofía, cada vez pierden más terreno en pro de la hiper tecnologización y la productividad masiva utilitarista, es precisamente cuando más se la necesita. Los jóvenes leen, pero cada vez leen peor, cada vez tienen peor capacidad memorística, cada vez son menos capaces de utilizar su propia razón para pensar y dialogar de manera crítica y autónoma. Así, en ese panorama, que a su vez tan de la mano va con la percepción de la sociedad actual, tan polarizada y aquejada por los problemas de la vivienda o de la incertidumbre sobre el futuro, es donde la educación en general y la enseñanza de la filosofía en particular se tornan tan vitales.

Hablamos de un saber que permite cuestionar y razonar, que ofrece lucidez en un mundo de confusión, pero llegar a darse cuenta de esto es el primer paso para poder interesarse por la filosofía, para poder entrar en ella. En consonancia con la educación, la pedagogía y la enseñanza, que son disciplinas que, más allá de simplemente inculcar conocimientos, buscan mejorar la vida de las personas, de los estudiantes en este caso. La filosofía, por medio del diálogo tanto interno como interdisciplinar con otros saberes, es capaz de, quizá no darnos todas las respuestas, pero sí permitirnos plantear las preguntas necesarias para poder vivir una vida tanto de descubrimiento como de auto descubrimiento. Así, y de nuevo, puesta aquella en diálogo con la literatura, obtenemos dos saberes hermanados, contextual e históricamente ligados de forma simbiótica, que dialogan entre sí sobre la existencia, la condición humana, la naturaleza o la búsqueda de la justicia y la virtud.

Con estos primeros atisbos, podemos pues formularnos la pregunta, ¿por qué entonces embarcarse en la empresa de hacer un trabajo que mezcla filosofía con literatura de cara al mundo de la docencia y la educación?

La respuesta corta es, porque considero que la mejor vía de entrada para la filosofía —en conjunto con la obligatoriedad de la materia propiamente dada en Bachillerato y levemente en algunos cursos de la ESO— estimo que puede ser mediante la lectura de relatos, novelas cortas o incluso cuentos; obras con una profunda carga axiológica, gnoseológica u ontológica, pero apoyadas todas estas en historias y moralejas accesibles y llamativas para chavales que cuentan con 15, 16 o 17 años. Porque la

obligatoriedad de la enseñanza de la filosofía académica queda fuera de toda duda, es necesaria y primordial, pero fuera de ella hay un mundo donde los alumnos pueden ver más allá, interesarse fuera del aula; pues admitámoslo, es por desgracia muy raro que un niño, ya que al fin y al cabo son niños, de 1º de Bachillerato, vaya a leer por su cuenta propia a Platón, Descartes o Schopenhauer, pero tal vez sí se pueda interesar por las obras que se analizarán en este escrito. Obras que, quizá, le susciten el interés necesario para seguir indagando, buscando o leyendo, en lo que respecta a entrar en autores más clásicos y puramente filosóficos; autores como los que se han mencionado.

La respuesta larga a la pregunta planteada, por su parte, tratará de ir formulándose a lo largo del presente trabajo.

A continuación, más allá del “por qué” del trabajo, se pasará a hablar del “qué”, en tanto en cuanto los problemas educativos en los que se enfoca y las propuestas o novedades que se pretenden trabajar.

Como someramente se ha mencionado con anterioridad, enseñar filosofía a adolescentes mediante enfoques excesivamente académicos e historicistas puede resultarles demasiado abstracto, y el potencial pedagógico que la literatura seleccionada tiene de cara a generar en dichos adolescentes unas inquietudes y unas implicaciones tanto emocionales como intelectuales es muy reseñable. Ninguno como sustitutivo de la clase de filosofía, pero sí como complemento de esta.

Ya hace una década, cuando yo mismo me encontraba en la etapa de Bachillerato, la percepción generalizada sobre la filosofía era la de una materia extraña, casi ajena en la primera toma de contacto, y los estudiantes la veían como algo demasiado teórico y abstracto. Si bien eso hacía que unos pocos se interesasen enormemente, la mayoría solo la veían como un trámite más de cara al Bachillerato y a la posterior PAU. Hoy en día toda esa percepción se ha visto aún más acrecentada. Si bien los alumnos no leen menos, está demostrado que leen peor, es decir, su comprensión se va empobreciendo con el pasar de los años, (Conecta, 2025)

En cuanto a la comprensión lectora, los informes recientes de PISA también señalan una caída de puntos con respecto a tiempos anteriores. Aun así, cabe recalcar que dichos informes no me parecen del todo adecuados, pues sobre todo miden lo cuantitativo, no lo cualitativo. Como Andreu Navarra menciona en el cuarto capítulo de su obra *Devaluación Continua*, el informe PISA mide números, pero no refleja la realidad

de las aulas, ni los ambientes, ni el pensamiento humanista. Estar en la media del informe no tiene por qué significar que todo ámbito sea necesariamente mediocre (Navarra, 2019). Aun así, el informe nos sirve como aproximación para ver ciertos datos, uno de ellos el mencionado acerca del empobrecimiento de la comprensión lectora. Todo esto, al final, deviene en que la filosofía es probablemente la asignatura que exponencialmente más va costándoles a los estudiantes, quizá no en cuanto a “dificultad” puesto que este es un término muy relativo, pero sí en cuanto a su comprensión.

¿Por qué ocurre esto? La conceptualización filosófica, básicamente el lenguaje, es probablemente lo más complicado de entender para el joven alumnado, pues tienen que descifrar el código filosófico. Hacerles comprender esto es quizá lo más complejo, y no se puede permitir que el alumno salga del bachillerato con la misma terminología que tenía cuando comenzó. Muchos docentes consideran hoy en día que es mejor trabajar con los alumnos en la terminología, más que en las ideas de los autores a las bravas. Al final, como explica Theodor Adorno, los problemas filosóficos son sobre todo problemas de lenguaje, y este lenguaje constituye un escollo tanto a nivel diacrónico, es decir, a través del tiempo, como a nivel sincrónico, o en un momento dado, pues no funciona ni como el lenguaje cotidiano ni como el lenguaje científico estandarizado. Se caracteriza por ser altamente polisémico, técnico y dependiente del contexto histórico y del autor. Y ahí es donde el hacer referencias interdisciplinarias a otros conceptos que ya conozcan puede servir enormemente. Por poner un ejemplo de esto, si hablásemos de lo que es la “materia”, y primeramente tratásemos de dilucidar el significado del término apoyándonos en la definición científica de este, que habrían visto previamente en otras asignaturas como física, sería más sencillo que pudiesen ir abriéndose una suerte de vericuetos mental que pudiera llevarlos a, como mínimo, participar de la pregunta, para posteriormente ligar los conceptos progresivamente en unos planos más abstractos. Construir sus razonamientos peldaño a peldaño en lugar de abrumarlos directamente con preguntas que probablemente les harán retraerse.

Siguiendo esta breve tesis es donde lo que podríamos llamar a grandes rasgos literatura filosófica cobra importancia.

Por supuesto, hay que recalcar aquí que se habla de una literatura filosófica adaptada, pensada para unos lectores de joven edad, pues está claro que estos postulados muy probablemente no funcionarían si se les dieran a leer clásicos extremadamente largos, profundos y complejos, como *Los hermanos Karamazov*, *La montaña mágica* o

Los Miserables. Hablamos pues, como se mencionaba al principio, de obras atrayentes y breves, con profundidad, pero de fácil acceso, que generen interés y curiosidad. Así pues, ¿qué pueden aportar este tipo de lecturas?

Lo primero y más importante, la introducción de problemáticas filosóficas complejas de manera accesible. Aparte, la contextualización y comprensión de conceptos abstractos mientras se favorece la reflexión, la identificación personal y la toma de conciencia, de cara a facilitar también el debate y la conciencia crítica. Por ejemplo, por mencionar algunos de los escritores que se trabajarán, Orwell permite a los estudiantes adentrarse en los conceptos de poder y de libertad con su prosa ágil y cautivadora; Tolstói, con sus cuentos y obras breves, suscita reflexiones sobre el sentido de la vida, la moral o la muerte; o Lovecraft, un escritor cuyos cuentos pueden ser capaces de hablar del nihilismo o del miedo metafísico de una manera atrayente y seductora.

En resumidas cuentas, la idea principal, de cara a la relevancia pedagógica y curricular, es que los jóvenes obtengan un aprendizaje significativo y una educación tanto filosófica como literaria que vaya de la mano con un desarrollo competencial en materia crítica y comunicativa, todo ello mientras se fomenta su participación y se favorece su comprensión.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

En esta sección se mencionarán y comentarán brevemente algunas figuras reseñables dentro de tres apartados pertinentes, a saber, la didáctica de la filosofía en el marco de la crisis en la educación humanista; la literatura como herramienta pedagógica; y finalmente y de manera algo más extensa, la unión más formal entre filosofía y literatura.

Didáctica de la filosofía

Si hablamos de algunos de los más importantes pedagogos dentro del ámbito de la filosofía se nos pueden venir a la cabeza numerosos nombres, pero si hubiera que mencionar a dos que siempre deberían salir a colación, es necesario hablar tanto de John Dewey como de Paulo Freire, siendo el primero de vital importancia en la transición de los siglos XIX a XX, y el segundo a lo largo del XX. Como se ha mencionado con anterioridad, uno de los principales problemas actuales en el mundo educativo y entre los jóvenes en general es la falta de pensamiento crítico y autónomo, y estos dos filósofos pusieron precisamente esa búsqueda en el epicentro de sus escritos filosóficos y teorías pedagógicas.

John Dewey fue un destacado pedagogo estadounidense enmarcado dentro del pragmatismo y el progresismo educativo. Estuvo muy influenciado por William James, autor coetáneo suyo enmarcado en el funcionalismo y también en el pragmatismo, que afirmaba que el aprendizaje se basa en la experiencia, el interés y la acción del alumno, y que el maestro debe motivar y guiar, no solo transmitir conocimientos. Ambos fueron figuras clave en el pragmatismo, pero si bien James centró más sus teorías en la psicología individual, Dewey las orientó hacia un ámbito más social. Dewey hizo una separación entre teoría y práctica, afirmando que la educación no puede ser solo de un tipo, así como también criticó la enorme distinción entre las letras y las ciencias. La educación es algo consecuencial, es decir, las experiencias se van sumando entre sí, hay pluralidad en ellas. Una de sus principales aportaciones fue la de “aprender haciendo”, que forma parte del instrumentalismo que defiende el autor, y nos dice que la escuela es una comunidad democrática y la enseñanza debe de estar centrada en el alumno, siendo el profesor un facilitador de experiencias. Como se ha mencionado al principio del trabajo, el modelo

neoliberal hiper productivista viene de lejos, y Dewey afirmaba que, contra este, se debe de crear en los estudiantes una conciencia dinámica que supere la moral tradicional en sentido pedagógico para crear disidencia constructiva, esto significa, idealismo institucional pero siempre orientado a la democracia y a la defensa de la libertad. Un análisis muy interesante a la hora de apreciar la importancia de las ideas de Dewey en la época actual lo hace Guillermo Ruiz en su artículo *La teoría de la experiencia de John Dewey: significación histórica y vigencia en el debate teórico contemporáneo*, mencionando las afirmaciones que el profesor Wilfred Carr hace sobre Dewey. Como comenta Ruiz, Carr, en su obra *Una teoría para la educación: Hacia una investigación educativa crítica* afirmaba que Dewey “apostaba por un ideal emancipador ilustrado pero consideró a la Ilustración una revolución incompleta”, mencionando que Dewey poseía plena vigencia contemporánea al ser capaz de plantear con sus teorías una “relación entre educación y democracia que sea moderna (que no abandone los ideales emancipadores) y a la vez postmoderna (que abdicque de los ideales ahistóricos y universales de la Ilustración)”, (Ruiz, 2013, p.122).¹

Freire por su parte fue un pedagogo brasileño, el más importante y reconocido en dicho país (con permiso de Anísio Teixeira, el cual de hecho fue discípulo de Dewey), cuyas ideas se opusieron también a los métodos tradicionales de enseñanza que reducían al docente a un mero transmisor de información. Así, en su pedagogía crítica, propuso de manera relativamente similar a Dewey que el educador y el educando debían aprender de forma mutuamente beneficiosa teniendo siempre como fin el desarrollo de una conciencia crítica y de actitud emancipadora. Como bien escriben Ramón Flecha García y Lidia Puigvert en su artículo *Aportaciones de Paulo Freire a la educación y las ciencias sociales*, Freire retoma la crítica al neoliberalismo. Escriben: “*Somos seres en transformación y no en adaptación*, afirmación continuamente negada por cuantas teorías y prácticas elabora el poder para reforzar sus privilegios. El neoliberalismo considera que las transformaciones deben ser guiadas por el mercado, que es el autoritario fundamentalismo de occidente”, (Flecha García & Puigvert, 1998, p. 6). En este sentido las ideas de Freire se asemejan bastante de nuevo a las de Dewey, sin embargo, el educador brasileño no las pensó de cara a las sociedades industrializadas de las que hablaba el estadounidense, sino que trasladó las problemáticas educativas a un nivel

¹ La Postmodernidad niega que toda la realidad se explique mediante principios universales. En educación, esto implica reconocer que la pedagogía está marcada por la historia y el poder. Se debe buscar la democracia y la emancipación, pero reconstruyéndolas, no tratándolas como algo eterno y absoluto.

global pero especialmente centrado en América Latina. Esto es interesante porque si bien en muchos puntos ambos autores coinciden no cabe duda de que tanto las ideas como por supuesto el intento de puesta en práctica de estas cambia dependiendo del contexto en el que uno se encuentre. La transformación educativa en unos contextos de pobreza extrema como el de ciertos países o zonas de Hispanoamérica hicieron que los planteamientos de Freire se centrasen a su vez mucho en temas como la desigualdad estructural o el intento de progresiva alfabetización de los jóvenes.

Si bien podríamos hablar de otros muchos pedagogos de enorme importancia, como por ejemplo de los enfoques radicalmente opuestos de Antón Makárenko, con su pedagogía enfocada a la disciplina y al trabajo de cara a servir a la comunidad, y Alexander Sutherland Neill, con su pedagogía enfocada en la absoluta libertad individual y el autogobierno; o de la educación centrada en el desarrollo cognitivo y la psicología constructivista individual de Piaget y la social de Vygotsky; me he centrado más en Dewey y en Freire debido a que, como se ha mencionado, fueron dos de los pedagogos más importantes de su tiempo, a la par que también fueron filósofos, y en lo referente a este trabajo es lo más destacable.

La literatura como herramienta pedagógica

A continuación, se pasará a hacer una conexión más directa entre la enseñanza y la importancia de la literatura de la mano de tres autores que considero son de lo más pertinentes a la par que reseñables a colación del tema. Para ello, se va a utilizar como referencia la palabra “útil” o “utilidad”, pues es capital tanto en los propios autores como en relación con la mercantilización y la búsqueda de la productividad masiva que ya se han comentado previamente.

Martha Nussbaum, filósofa estadounidense con una muy reseñable carrera dedicada a la filosofía antigua, política y ética, en su obra más importante en materia educativa, llamada *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, nos habla de los problemas de una educación meramente técnica y orientada únicamente a la producción de ciudadanos que aporten crecimiento económico, convirtiendo la educación en una carrera en contra de tus propios compañeros. Como bien nos dice la autora, en la tiranía de la meritocracia existe un poder político y empresarial al que solo le interesa la utilidad que puedan sacarles a la población en beneficio propio,

y “si esta tendencia se prolonga, las naciones de todo el mundo en breve producirán generaciones enteras de máquinas utilitarias, en lugar de ciudadanos cabales con la capacidad de pensar por sí mismos”, sentenciando firmemente que “el futuro de la democracia a escala mundial pende de un hilo”, (Nussbaum, 2010, p. 20). En su obra vuela a traer a colación autores insignes en la materia, como el tantas veces mencionado ya Dewey, para hablar de esa crisis que avanza de manera, parece, inexorable. Y, como no podría ser de otra forma, la literatura es el muro de contención mas sólido para poder hacer frente a esta neoliberalización de la enseñanza actual. En su otra obra más reseñable en materia pedagógica, aunque esta menos conocida, *El cultivo de la humanidad: una defensa clásica de la reforma en la educación liberal* nos habla ya no solo de la literatura en general, sino del estudio de los clásicos en particular, como las más idóneas vías para poder tener conciencia crítica y poder emancipador.

Precisamente en esta línea de la “utilidad” y de la lectura de los clásicos nos encontramos con uno de mis autores predilectos, experto por supuesto en todos estos menesteres, a saber, el recientemente fallecido profesor italiano y voz experta en los estudios de la época renacentista, Nuccio Ordine. En su obra más conocida, *La utilidad de lo inútil*, cuyo título ya nos deja bastante claro lo que pretende contar en dicho manifiesto, nos habla del saber inútil en tanto en cuanto no está orientado hacia la adquisición de beneficios, de rédito económico o pecuniario, inútil en tanto en cuanto “es ajeno a cualquier finalidad utilitarista”. Ordine nos habla en esta obra de la importancia ya no solo de la literatura, sino de las humanidades en general y también de la filosofía en particular. No en balde el propio escrito comienza con una cita del filósofo francés Pierre Hadot de su obra *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*, que afirma que “y es precisamente tarea de la filosofía el revelar a los hombres la utilidad de lo inútil o, si se quiere, enseñarles a diferenciar entre dos sentidos diferentes de la palabra utilidad” (Ordine, 2013, p. 9). Evidentemente el autor no desprecia el conocimiento económico o empresarial de forma sistemática, sino que trata de poner en perspectiva la importancia de los conocimientos que nos humanizan, que nos hacen mejores. El propio manifiesto trae, al final, un breve ensayo sumamente interesante del educador norteamericano Abraham Flexner, en el cual analiza cómo no solo en las humanidades, sino también en las ciencias, las preocupaciones en principio inútiles que no atendían a lograr un fin inmediato han supuesto enormes cambios en la historia. En sus propias palabras: “Las instituciones científicas deberían entregarse al cultivo de la curiosidad” (Flexner, 1939,

en Ordine, 2013, p. 156). La curiosidad es motor de cambio, de revolución científica, literaria y humanista, pues a menudo se encuentra lo más útil dedicándose a lo inútil.

En otra de sus obras, *Clásicos para la vida. Una pequeña biblioteca ideal*, Ordine hace una cuidada selección de textos escogidos de entre un gran número de autores clásicos de todas las épocas, de Platón a Thomas Mann o de Ariosto a Zweig. Esta obra me parece especialmente reseñable en materia educativa porque está precisamente pensada para lo que el título adelanta, a saber, la presentación de un gran número de variados fragmentos de obras pensados para generar curiosidad en el lector de cara a que se introduzca en cualquiera de dichas obras, que son más de cincuenta, para todo tipo de gustos y públicos. Ya en el ensayo introductorio nos afirma con contundencia que “si no salvamos los clásicos y la escuela, los clásicos y la escuela no podrán salvarnos” (Ordine, 2016, p. 11). Como el filósofo español Fernando Savater comentaba a colación de *La utilidad de lo inútil*, es primordial “seguir tutelando en escuelas y universidades ese afán de saber y de indagar”, y *Una pequeña biblioteca ideal* me parece una obra magnífica para lograr este propósito. Bien sea para avezados y veteranos lectores que quieren descubrir nuevos autores, bien para estudiantes que no quieren enfrentarse a extensas novelas pero que sí tienen un atisbo de curiosidad por la literatura, esta obra cumple una función tanto pedagógica como cultural brillante.

La cantidad de autores que podrían seguir mencionándose y analizándose es inmensa, y al igual que ocurrió en el apartado anterior, y sucederá también en el apartado siguiente, la selección de dichos autores trata de ser lo más ilustrativa posible, aun sabiendo que quizá se quede alguno en el tintero. Precisamente a colación de lo dicho y para finalizar, estimo que hay que, aunque sea y como mínimo, mencionar también a un filósofo y ensayista de nuestra propia casa, Emilio Lledó, el cual si todo va bien cumplirá el año que viene la centena. Como los autores anteriores, Lledó sitúa la literatura y la educación en el epicentro de la búsqueda incesante de libertad, emancipación y formación de conciencia crítica, y a lo largo de su extensa carrera ha buscado que los estudiantes vean el saber no como algo obligado y predeterminado, sino como un paisaje infinito con ilimitadas posibilidades y lugares que descubrir. En ese sentido, sus obras más destacables probablemente sean *Sobre la educación* y la recientemente publicada *Necesidad de la literatura*, dos obras que continúan con ese mantra primordial, a saber, el de la importancia tanto de la literatura como de su enseñanza interdisciplinar con la filosofía en un tiempo en que a la vez tan denostadas y precisamente por eso tan necesarias son.

Como el autor mismo comentó en una entrevista magnífica en 2014, “la raíz del mal está en la ignorancia, el egoísmo y la codicia”, y él, cuando apenas era un niño, percibía la vida como algo peligroso, cosa que no era para menos teniendo en cuenta que experimentó la Guerra Civil. Y fue en aquella época en la que justamente un profesor le dio las herramientas para poder sobreponerse al terror, y aquellas no fueron otras que las lecturas, siendo para el filósofo especialmente cautivadora la de *El Quijote*, (Lledó, 2014). Lledó es probablemente uno de los ejemplos más destacables a la hora de afirmar que la literatura —y la filosofía, la cultura, el arte— así como los buenos docentes que la imparten, son capaces de salvar vidas. En su obra *Sobre la educación* lleva esto un paso más allá, y defiende no solo la literatura y la filosofía sino el plano político en el que irremisiblemente estas se enmarcan, defendiendo el humanismo y la escuela pública como perfecto modo de democratización y accesibilidad del conocimiento, afirmando que el enemigo de esto es, como no podría ser de otra forma, el neoliberalismo.

Un poco más joven que Lledó, a la vez que menos conocido, es el filósofo y autor español Antonio Monegal, cuya obra *Como el aire que respiramos. El sentido de la cultura*, que recientemente tuve el placer de descubrir, nos muestra un ensayo accesible en el que se analiza la importancia capital de la cultura. Persiguiendo siempre un mundo mejor, de la mano de ilustres pensadores de la talla de Steiner o Ricoeur, nos expone el valor indispensable que la cultura —y por extensión, la literatura— nos brinda a todos. No creo que sea casualidad que voces tan diversas, a lo largo de tantos años, y con presencia en tantos países, coincidan en que uno de los principales problemas, si no el principal, del mundo educativo y humanista sea el eterno yugo al que el sistema económico utilitarista le somete. Monegal, en su obra, cita una frase del poeta y ensayista británico W. H. Auden a colación de todo esto, una frase, extraída de la obra *Canción de cuna y otros poemas*, que afirma que “la verdad es reemplazada por conocimientos útiles y se privilegia la enseñanza del pensamiento comercial” (Monegal, 2022). De nuevo la utilidad y el rédito, aquellos viejos conocidos. Al final, y de nuevo, todos estos intelectuales coinciden en que la mejor medicina que pueden recetar para la enfermedad neoliberal es la misma, una píldora de literatura.

En suma, estos escritores, filósofos, literatos, profesores y ensayistas nos dicen algo parecido, pero todos de diversas maneras, centrándose en problemas distintos, pero con una idea de fondo muy similar, a saber, la de que la literatura forma, educa y desarrolla humanidad, conciencia y juicio ético. Algo que el mundo necesita acuciantemente. En

general, después de haber mencionado a estos autores, solo queda remarcar que, como ellos mismos comentan, la literatura es fundamental, tanto dentro como fuera de la pedagogía, y es nuestro trabajo fomentarla como quien fomenta una dieta saludable o las relaciones sociales entre amigos y familiares. No sé si sería capaz de ir tan lejos como el tan conocido y polémico catedrático en literatura Jesús G. Maestro lo hace, afirmando directamente y sin tapujos que “no se puede vivir de forma inteligente de espaldas a la literatura”, pero lo que sí que está claro es que su importancia es capital. Y así, como los anteriores autores hacen, hay que poner la literatura y todo lo que la rodea a la mano de los estudiantes, explicarles sus virtudes y su importancia, lograr que pasen de la disposición a la predisposición. Porque esta es más que fundamental; es el faro de conocimiento que penetra la noche de la ignorancia; el escudo de claridad y libertad que frena los constantes embates del odio y la manipulación. Como muy acertadamente trajo a colación Antoine Compagnon en la lección inaugural de su cátedra en el College de France, actualmente recopilada en su obra *¿Para qué sirve la literatura*, el periodista y escritor Italo Calvino lo dejó bien claro en su obra *Seis propuestas para el próximo milenio*, afirmando lo siguiente: “Mi fe en el futuro de la literatura consiste en saber que hay cosas que sólo esta, con sus medios específicos, puede dar”, (p. 21).

Filosofía y literatura

Por último, estimo tan oportuno como necesario hablar también acerca de lo que podríamos considerar literatura filosófica, pero no en el sentido en que se hablará a lo largo del trabajo, a saber, de una literatura con profunda carga filosófica, sino en el sentido más simbiótico y casi indistinguible de ambas disciplinas, a saber, el que encarnan esos autores que fueron a la vez filósofos y literatos, aquellos que usaron esa doble naturaleza para exponer sus ideas. Si bien la línea que separa la filosofía de la literatura puede ser muy fina, y podría argumentarse de diversas formas que existen multitud de autores y de figuras que encarnan ambas disciplinas, creo que es bastante acertado mencionar principalmente dos figuras clave del existencialismo, a saber, Kierkegaard y Sartre; otra en el absurdismo derivado de este, Camus; y en gran medida uno de sus máximos precursores, Nietzsche. Estos filósofos, aunque alguno de ellos rechazaba fervientemente que se le categorizara como tal, son el *súmmum* de la unión entre la filosofía y la literatura, aquellos que buscaron explicar el mundo mediante la argumentación lógica y

conceptual buscando también la belleza estética a través de una escritura que apelaba a lo artístico y lo emocional.

Si bien podríamos encontrar figuras enormemente importantes a lo largo de la historia del pensamiento que utilizaron el lenguaje de una forma estética para expresar sus ideas, como el propio Platón, cuyos diálogos están imbuidos en un aura poética y dramática que se alejan de los manuales técnicos al uso, considero acertado mencionar que los filósofos-literatos tuvieron su auge a partir del siglo XIX aproximadamente por varias razones históricas y contextuales.

A finales del siglo XVIII surgió el movimiento cultural conocido como el Romanticismo, un movimiento surgido como reacción contra la Ilustración y el Clasicismo, más concretamente contra sus ideas, que se sostenían sobre la razón, la lógica y el espíritu crítico de las instituciones académicas. Así, el Romanticismo trajo consigo la exaltación de los sentimientos y las pasiones individuales. La filosofía no fue una excepción, y los autores comenzaron a indagar en la voluntad y en los sentimientos humanos alejándose de las filosofías previas, excesivamente analíticas y enciclopédicas. De hecho, corrientes como el nihilismo, el existencialismo y el absurdismo surgieron como crítica al enciclopedismo ilustrado, un movimiento que buscaba fundamentos racionales para alcanzar conocimientos técnicos y objetivos.

Debido a lo mencionado anteriormente, la filosofía comenzó a explorar otras formas de expresar sus ideas, y así surgió el ensayo filosófico, alejado del tratado puramente académico, o las novelas y el teatro filosófico como los mejores modos de poder hablar y elucubrar sobre la condición humana en toda su complejidad. El lenguaje se volvió mucho más literario, más poético y estético, en detrimento del lenguaje técnico académico, pues lo metafórico y lo emocional eran las mejores vías para poder hablar de la vida, el mundo y la existencia. Huelga decir que dicho cambio en el lenguaje no implicó una pauperización estilística o lexicográfica a la hora de expresar ideas, pues lo importante fue el cambio de estilo, que trajo consigo nuevas formas de hacer filosofía, no más sencilla, sino distinta.

Se pasará a continuación a recalcar la importancia de algunos de los filósofos más importantes en estos periodos, los cuales se han mentado previamente. Siguiendo un orden cronológico, el filósofo danés Søren Kierkegaard, a menudo llamado el padre del existencialismo, fue un autor que en multitud de veces usó en su juventud el recurso

literario de la heteronimia, es decir, de la creación de personalidades ficticias, cada una con su forma de ser y de escribir, que se ponían en diálogo. Su lenguaje era metafórico, poético e irónico, y a su vez escondía una enorme profundidad psicológica. Una de las obras del autor que mejor ejemplifican su capacidad literaria es el *Diario de un seductor*, obra en la cual el filósofo habla de uno de los tres estadios de la existencia humana, en este caso el estético, pero en un formato de diario epistolar.

Por su parte, Friedrich Nietzsche siempre se mantuvo crítico con los tratados filosóficos puramente académicos, y destacó por expresar sus ideas mediante un lenguaje y una narrativa poética, plagada de metáforas y parábolas. En un artículo de Daniel Innerarity, titulado *La seducción del lenguaje: Nietzsche y la metáfora*, el filósofo y ensayista español afirma que Nietzsche fue un virtuoso de la retórica y del lenguaje que hizo que incluso se le llegara a considerar más poeta que filósofo. El propio artículo comienza con una frase del mismo Nietzsche que ejemplifica perfectamente su visión del lenguaje y que reza lo siguiente: “¿Qué buscan todos los creadores? Todos buscan nuevos lenguajes: estaban cansados de las mismas viejas lenguas”, (Innerarity, 1998).

Dejando atrás el siglo XIX para adentrarnos en el XX, nos encontramos de nuevo en el existencialismo con otra figura clave, que es la del filósofo francés Jean-Paul Sartre. Al contrario que Kierkegaard, que era el máximo exponente del existencialismo cristiano, Sartre suele ser descrito como su homónimo, pero en el ateísmo. Pese a que su obra magna *El ser y la nada* sí es un texto puramente filosófico en formato de tratado, el autor cultivó tanto la novela, con obras tan reseñables como *La náusea* o la trilogía de novelas *Los caminos de la libertad*, como el teatro, con obras como *A puerta cerrada*. Un autor que entendía la filosofía como algo que debía vivirse y democratizarse. Sin ir más lejos, consideraba que la propia corriente en la que estaba él mismo adscrito era —o debía ser— humanista, como bien explica en su escrito *El existencialismo es un humanismo*. Sin querer pecar de falacia *ad verecundiam*, es aun así muy destacable que le otorgaran el Premio Nobel de literatura en 1964, que de hecho rehusó recibir debido a que lo consideraba precisamente una institucionalización que iba en contra de su independencia como escritor.

Por último, el filósofo que no rehusó de recibir dicho galardón en 1957 fue Albert Camus, que sin embargo sí que rechazaba que se le encasillase como existencialista. Este autor suele ser el primero en el que se piensa cuando se habla de un filósofo literato, debido a la enorme fama que su teoría, el absurdismo, cosechó. Más allá de su obra

cumbre, el ensayo *El mito de Sísifo*, exploró la búsqueda de sentido en un mundo que carece de él en novelas tan relevantes como *El extranjero* o *La caída*, y en teatro con *Calígula* o *Los justos*. Si bien su obra es profunda y no carece de complejidad, es probablemente uno de los mejores autores no académicos a la hora de adentrarse en la filosofía, y puede ser una recomendación muy potente de cara a jóvenes estudiantes que se interesen por la asignatura. Como comenta el doctor en filosofía Martín Buceta en su artículo *Entre filosofía y literatura: Albert Camus y la transición de la existencia absurda hacia la comunidad solidaria*, “la literatura puede ser considerada un ámbito de pensamiento en sí mismo que es susceptible, a posteriori, de ser abordado por una reflexión filosófica, y cita una frase de *El mito de Sísifo* que reza lo siguiente: “Ya no se cuentan «historias», se crea un universo. Los grandes novelistas son novelistas filósofos, es decir lo contrario de escritores de tesis [...] Consideran a la vez la obra como un fin y un principio. Es el resultado de una filosofía con frecuencia inexpresada, su ilustración y coronamiento, (Buceta, 2022). A colación del Premio Nobel, hay que destacar la carta que Camus le envió a su profesor Germain, hoy en día famosa por las palabras que le escribió. En dicha carta, el filósofo francés le dedicó, entre otras, las siguientes palabras: “He recibido un honor demasiado grande, que no he buscado ni pedido. Pero cuando supe la noticia, pensé primero en mi madre y después en usted.” Como ocurría con el caso de Lledó no son pocos los autores y autoras que llegaron a ser lo que fueron gracias a sus maestros o mentores. De nuevo, otro ilustre ejemplo de lo que un buen docente es capaz de hacer, nada menos que transformar vidas enteras.

En resumidas cuentas, podemos apreciar que tanto el nihilismo, como el existencialismo, como el absurdismo, fueron corrientes filosóficas que exploraron lo más profundo de la condición humana y del mundo que nos rodea de una manera no académica y formal; y si bien sus postulados eran diferentes (pues mientras que el nihilismo niega cualquier tipo de significado en la vida, el existencialismo se centra en la responsabilidad individual para crear significado, y el absurdismo por su parte acepta el absurdo y aboga por convivir con él), todos ellos marcaron un antes y un después en la forma de entender la filosofía. Como se ha dicho previamente, no sustituyendo a la academia, sino conviviendo con ella.

Evidentemente y como se ha mencionado, el número de autores del que se podría seguir hablando es muy extenso, desde filósofas como Simone de Beauvoir hasta autores españoles o hispanoamericanos como Unamuno o Borges, pasando incluso por autores

de la talla de Heidegger, el cual se volvió mucho más poético y metafórico después de reorientar radicalmente su filosofía en el giro que llamó *Kehre*; pero considero que los cuatro mencionados pueden funcionar bien como recomendados a la hora de abordar literatura de manos de filósofos al uso.

Se terminará este bloque con una cita, tan bella como pertinente, del gran novelista francés Marcel Proust, en su atemporal obra *En busca del tiempo perdido*, más concretamente en el séptimo volumen, *El tiempo recobrado*, que de nuevo Antonio Monegal resalta en *¿Para qué sirve la literatura?*, que nos dice lo siguiente: “«La verdadera vida, la vida al fin descubierta y dilucidada, la única vida realmente vivida es la literatura». La realización de sí mismo, pensaba Proust, no tiene lugar en la vida mundana, sino a través de la literatura”, (p. 22).

HIPÓTESIS

En este apartado se formularán pues los postulados o teorías elucidadas del estado de la cuestión, es decir, se expondrá brevemente la respuesta a lo que el trabajo pretende hacer, siguiendo lo explicado en el apartado introductorio, antes de pasar a los objetivos tanto generales como específicos.

Siguiendo los tres apartados que se plantearon en el punto anterior, a saber, la didáctica en filosofía, la literatura como herramienta pedagógica y la filosofía literaria, la intención en este apartado es la de esclarecer el interés y la viabilidad del trabajo en su conjunto, para así poder pasar directamente a la propuesta de investigación propiamente dicha tras los objetivos.

De esta manera, ¿qué se ha pretendido establecer en dicho estado de la cuestión? Primeramente, que existe una crisis en el ámbito educativo y pedagógico que viene de lejos, transformándose con el tiempo, pero teniendo siempre de fondo la misma problemática; crisis que diversos autores a lo largo de las décadas han ido señalando, exponiendo y criticando. En segundo lugar, que la literatura es un instrumento pedagógico a la par que magnífico e indispensable con el poder de contrarrestar o, como mínimo, paliar progresivamente los efectos de la mencionada crisis del sistema. Y, por último, que existe una sólida tradición filosófica, destacable principalmente a lo largo de los dos últimos siglos, que se combina con la literatura en forma de novela, relato, poesía o teatro, y que demuestra que ambas disciplinas en muchos aspectos son indisolubles y pueden pensar juntas en la misma dirección.

Pero, más allá de esta puesta en escena y explicación de las circunstancias, ideas u autores contextuales, y ya de cara a la investigación del trabajo en sí, surge una nueva pregunta. ¿Puede la literatura filosófica, bien sea de autores clásicos no filósofos o de filósofos per se, funcionar como una herramienta didáctica que sirva para introducir grandes problemas filosóficos de manera coherente, fluida y pertinente de cara a enseñárselos a alumnos jóvenes de Bachillerato o incluso etapas finales de la ESO? La respuesta evidentemente será afirmativa, pero la pregunta que surgirá entonces es la siguiente: ¿Cómo es posible o viable llevar a cabo esta propuesta? Pues bien, es lo que se tratará de dilucidar a continuación.

Incorporar obras de literatura filosófica —entendida esta como relatos, novelas o textos con una profunda carga conceptual y con una densidad de ideas y posturas muy potente, escritos por autores que no están considerados filósofos en el sentido más académico del término— en la escuela constituye a mi juicio una vía pedagógicamente muy eficaz a la par que rigurosa de poder relacionar el apartado académico más escolar con nuevas vías o modos de enseñar disciplinas como la literatura y la filosofía. En esta época de inmediatez absoluta quizá se pueda precisamente usar eso a favor de esta propuesta, pues, haciendo un símil, no consiste ni en llevar a los alumnos a la espalda en la bicicleta mientras nosotros pedaleamos, ni en sentarles en ella y lanzarles cuesta abajo en solitario. Como en el aprendizaje a la hora de montar en bici, consiste en darles unos ruedines para que puedan moverse sin nuestra ayuda, que les sirvan para aprender a moverse con autonomía, pero también con seguridad, de cara a progresivamente poder hacerlo sin ellos.

Esta hipótesis se asienta sobre la premisa de que una literatura concreta y seleccionada activa en los jóvenes diversas facetas. Quizá se identifiquen con ella, quizá se cuestionen preguntas, o quizá simplemente disfruten a secas de la lectura, pero lo que está claro es que difícilmente esto se logrará si se les obliga a leer profundos y extensos tratados de autores complejos que incluso a filósofos avezados les resultan intrincados; u obras clásicas de cientos de páginas escritas en un castellano antiguo que verán como imposibles de descifrar, en gran medida porque ni siquiera se les ha dado las herramientas necesarias para ello. A veces se pretende que un alumno disponga de recursos para enfrentarse a complejas problemáticas cuando a lo largo de su vida ni siquiera se le han facilitado, y pretendemos que hagan frente a un ejército de conocimiento utilizando palos y piedras, y eso en el mejor de los casos. Leer *El Quijote* es, si me apuras, algo indispensable en la vida de cualquier persona, pero es absurdo dárselo a un chaval de catorce años presuponiendo que tiene los conocimientos que tenían sus padres o abuelos para poder entenderlo, y más importante, disfrutarlo; y peor aún es culparle y reprenderle si no es capaz de hacerlo. Por supuesto en cada alumno todas estas facetas se manifestarán de una manera distinta, y quizá en algunos directamente no sea posible que se manifiesten, pero será una victoria si se logra que dispongan de algo, por mínimo que sea, de lo que no disponían antes.

Sea como sea, tampoco creo que haya que menospreciar o infravalorar a los alumnos, pues que el nivel académico en líneas generales haya ido bajando

paulatinamente no significa que tengamos ahora una generación de estultos inoperantes. La clave consiste en trabajar poniéndonos en sus contextos, descifrar sus códigos y sus lenguajes, aprender de ellos para que puedan aprender de nosotros. Como dice el profesor Andreu Navarra en el primer capítulo en su obra *Devaluación continua: Informe urgente sobre alumnos y profesores de secundaria*, muchas veces los alumnos no muestran interés hasta después de llevar a cabo un trabajo, como cuando uno empieza a disfrutar de la filosofía después de la carrera o como cuando se empieza a leer por ocio y no por obligación, y por eso es tan importante buscar los intereses de los alumnos, antes siquiera de que estos sepan lo que les interesa (Navarra, 2019).

Así, y como sin ir más lejos en el propio Máster nos han enseñado, debemos buscar y responder a las preguntas de qué, para qué, por qué y cómo. ¿Qué se pretende? Utilizar la literatura filosófica como herramienta didáctica. ¿Para qué? Para enseñar los grandes bloques de la filosofía de una manera tanto accesible y entretenida, como rigurosa y eficaz. ¿Por qué? Porque como se ha ido comentando en apartados anteriores y se comentará en los siguientes, este método puede ser perfectamente viable y constructivo. ¿Cómo? Mediante una bibliografía seleccionada que resulte atractiva, interesante, cautivadora y pertinente en base a los análisis que se efectuarán de los alumnos para adecuarlos también a sus ritmos, gustos e inquietudes.

En resumidas cuentas, la literatura y la filosofía, en consonancia, pueden actuar como eficaces herramientas pedagógicas a la hora de establecer cambios de cara salir de la pertinaz crisis que existe desde hace décadas en el ámbito educativo. Y, más concretamente, la literatura filosófica puede servir como mecanismo didáctico a la hora de plantear y explicar grandes problemas filosóficos de manera accesible y constructiva; problemas que, bien comprendidos, dotan a los alumnos de una serie de recursos emancipadores necesarios para que puedan desarrollar una conciencia crítica que les permita salir al mundo y afrontarlo de forma autónoma.

OBJETIVOS GENERALES

En relación con todo lo anterior, y adecuándonos también a las competencias que se estipulan en los planes educativos vigentes, considero que los objetivos más importantes son los siguientes, aunque estarán formulados de cara a que puedan ser aplicables independientemente de las leyes educativas del país. En orden de importancia:

1. Desarrollar pensamiento crítico y reflexivo, así como capacidad analítica y discursiva, en estudiantes de finales de ESO y Bachillerato mediante el análisis de textos literarios que planteen ideas filosóficas.
2. Fomentar la interdisciplinariedad entre literatura y filosofía, demostrando cómo ambas disciplinas se apoyan mutuamente, apreciando su importancia y todas las virtudes que pueden otorgar.
3. Diseñar una propuesta didáctica innovadora que utilice relatos, cuentos o novelas cortas como vehículo para introducir conceptos filosóficos de forma tanto accesible como motivadora y fructífera.
4. Promover la competencia lectora crítica, entendida no solo como comprensión literal sino como capacidad de interpretar, cuestionar y dialogar tanto con el texto como con sus compañeros o el propio profesor.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

Para ordenarlos un poco de cara a una mejor esquematización se dividirán en tres bloques distintos pero interrelacionados, a saber, los siguientes:

En relación con el marco teórico:

- Justificar la pertinencia pedagógica de la literatura como herramienta para la enseñanza de la filosofía, apoyándose en las teorías y en los autores que se han visto en el estado de la cuestión.
- Seleccionar y fundamentar un corpus de obras literarias que aborden problemas filosóficos relevantes para los currículos mencionados.
- Identificar y categorizar los problemas filosóficos presentes en las obras seleccionadas y poder enmarcarlos en su bloque curricular.

En relación con la propuesta didáctica:

- Diseñar actividades que integren la lectura con la reflexión filosófica, para ponerlas en práctica con sus compañeros de manera que sean capaces de analizar y posicionarse ante las problemáticas planteadas.
- Establecer criterios e instrumentos de evaluación que midan la consecución de los objetivos generales.
- Adaptar las propuestas a los distintos niveles educativos de 4º, 1º y 2º.

En relación con las competencias del alumnado:

- Contribuir al desarrollo de la competencia en comunicación lingüística, personal, social, ciudadana etc.
- Fomentar la autonomía intelectual y la capacidad de formular preguntas filosóficas propias y críticas a partir de la experiencia lectora.

INVESTIGACIÓN

Exordio

Comencé a leer novelas por voluntad propia y para mi disfrute personal a una edad relativamente tardía, más concretamente en 2º de Bachillerato, cuando tenía 17 años. Por aquella época, aparte de cómics y mangas —muy variados, eso sí, desde Marvel, DC e independientes, hasta *shōnen* o *seinen* de todo tipo—, solo leía los libros obligatorios que nos mandaban en el colegio, y solía pasar mi tiempo libre viendo anime y series en el iPad, pero en aquellas Navidades por Reyes me iban a traer un nuevo modelo, por lo que le vendí a un amigo el que tenía y me pasé todas las vacaciones sin tablet. Así, y como en aquel tiempo ni tenía ordenador ni solía ver series en el móvil, y los videojuegos nunca han sido de mis hobbies favoritos, por lo que no tenía consolas, los días que no quedaba con mis amigos me aburría bastante, por lo que comencé a releer algunos de los libros que más me habían gustado en la época de la ESO y Bachillerato.

Cuando a un adolescente le impones la lectura de un libro, más aún si se trata de libros que ellos consideran “antiguos” como *El Quijote* o *La Celestina*, el efecto que creas es contraproducente en ellos, pues generalmente no los disfrutaban, a veces directamente ni los leen. Pero, en uno de cada dos trimestres, cuando el libro era a elección del estudiante, la tónica en la clase cambiaba, y en general la mayoría de los alumnos disfrutaban más de la tarea, escogiendo cada uno el libro que quisieran y leyéndolo para trabajarlo después. Precisamente esas ganas de leer que me dieron fueron, aparte de porque no disponía de mi usual medio de entretenimiento, debido a que tenía ganas de volver a vivir las historias de los libros que yo mismo había escogido. Incluyendo también algunos que leí en la ESO, de manera obligatoria, pero extraídos de una amplia lista que se nos facilitó con títulos, entre los cuales podíamos escoger. Así, releí algunas novelas como la que hoy en día sigue siendo mi obra de ciencia ficción favorita, *Los juegos de Ender*, de Orson Scott Card, y otros títulos como *Sueñan los androides con ovejas eléctricas* de Philip K. Dick, *Rebeldes* de Susan E. Hinton o *Las chicas de alambre* de Jordi Sierra i Fabra. A partir de entonces, y con tan solo unas pocas novelas leídas motu proprio, comencé a interesarme en general por la lectura, incluso cuando ya disponía de nuevo de mi medio habitual para poder seguir viendo series y anime. El resto es historia.

Al principio sobre todo leía fantasía, ciencia-ficción y terror, pero tras leerme la obra entera de Brandon Sanderson (mi escritor favorito actualmente) tras el único bloqueo lector que he tenido en toda mi vida, comencé ya no solo a amar los géneros que disfrutaba, sino a amar la lectura en general. El cuerpo me pedía libros. En la carrera de Filosofía había leído algunos títulos cortos, muchos fragmentos etc., pero no fue hasta después de leer la obra de Sanderson, que quise comenzar a leer filosofía, clásicos, o divulgación científica por ocio, más allá de lo que debía leer para clase. Así, hoy en día —y quitando algunos géneros concretos como la novela erótica, la autoayuda o el emprendimiento barato que por desgracia tanto venden, la fantasía romántica juvenil (conocida como *romantasy* y la cual es muy poco de mi agrado) o libros más “de moda” al uso— disfruto leyendo una gran variedad de géneros, consumiendo y apreciando la literatura más que cualquier otro medio.

¿Qué pretendo decir con estas palabras? Nada más y nada menos que la afirmación categórica de que la literatura me cambió la vida y la forma de ver y de relacionarme con el mundo, y estoy seguro de que con una buena tutela cualquier joven puede entrar en ella y disfrutarla como yo la disfruté.

Así pues, la selección de relatos, cuentos o novelas cortas que en este trabajo se van a tratar atienden a varias razones que pueden explicarse por medio de lo que se ha contado previamente. A saber, es muy difícil, aunque no imposible, que un alumno joven decida por voluntad propia llegar a su casa y ponerse a leer textos de Descartes, Ortega o Hannah Arendt; así como también es bastante difícil que, por voluntad propia, quiera disfrutar de clásicos literarios de la literatura universal. Esto se debe a varias razones, por ejemplo, la que se ha mencionado previamente acerca de la imposición de la lectura, o simple llanamente por la extensión de los libros, pues escritos considerados como “ladrillos” ya de primeras echan para atrás a los estudiantes. Sin embargo, como me ocurrió a mí y a mis amigos, o como he podido apreciar en generaciones posteriores como la de mi hermana, o incluso amigos o familiares más jóvenes, o en las propias prácticas este mismo año, hay una estrategia que por experiencia considero muy buena para acercar la lectura a los jóvenes. Esta es la de, por un lado, ofrecerles obras que puedan resultar interesantes en los tiempos en los que viven, obras por ejemplo de ciencia ficción o fantasía, que no les resulten ajenas; y por el otro lado lecturas que sean también breves, que no les supongan días y días de esfuerzo, que sean célebres para que básicamente les sean reconocibles.

Huelga decir que con todo esto ni mucho menos pretendo que en las asignaturas como lengua o filosofía no tengan que enfrentarse a clásicos de la literatura o a textos filosóficos importantes, necesarios y pertinentes, pero sí que opino que para que un joven estudiante en los tiempos actuales pueda introducirse en el mundo de la literatura y de la filosofía este debe de querer hacerlo de verdad, por voluntad propia y sin imposiciones detrás, sin enfrentarse a una evaluación o a una calificación crítica que solo le vaya a desalentar o directamente molestar. Porque la presente propuesta no consiste en sustituir el currículum, sino de ampliarlo buscando vías atractivas a la par que instructivas, interesantes a la vez que didácticas. Porque no nos engañemos, como bien se comentó al principio del trabajo los jóvenes leen bastante, pero leen cada vez peor, y considero que es precisamente eso con lo que tenemos que jugar. Por supuesto que hay literatura que enseña más que otra, que es más profunda que otra, que aporta más que otra, pero lo primordial es que se lea, y a partir de ahí aprovechar ese tirón para situarse en ese punto medio entre el “leen, pero leen mal”, pues una obra larga y densa sería mal leída, pero una más accesible, aunque también profunda en diferente modo, podría dar con la tecla que buscamos.

Así pues, en esta investigación se han seleccionado concienzudamente cinco obras de autores no filósofos, pero con una profunda carga filosófica, dividiéndolas en bloques curriculares similares a los cinco que los alumnos tienen en la asignatura de filosofía en bachillerato, aunque huelga decir que no son obras estancas en cuanto a su bloque y muchas pueden interrelacionarse entre disciplinas. Estas cinco obras construirán el esqueleto del grueso del trabajo, pero por supuesto también se añadirá literatura secundaria de cara a ese “poder elegir” que se comentaba antes y que tan buenos resultados suele dar entre los estudiantes. Obras, como se ha mentado, breves y accesibles para la edad de los estudiantes, pero que les hagan pensar, cuestionarse, disfrutar y, quizá y con suerte, que les sirvan como una puerta de entrada al maravilloso mundo de la literatura, de la filosofía, y en general de toda lectura que quieran hacer en el futuro.

Primer bloque: *Micromegas* y el problema de la realidad o gnoseología

Voltaire (París, 1694 - París, 1778), cuyo verdadero nombre era François-Marie Arouet, fue una de las principales figuras de la Ilustración en Francia. Apodado como Voltaire en 1718, tras ser encarcelado, no se sabe exactamente por qué decidió darse ese nombre, aunque las teorías hablan bien de un apodo que tuvo de niño, bien de un juego de palabras en forma de anagrama con su verdadero nombre, bien del nombre que poseían unos terrenos de su madre, bien de una mezcla de todas estas.

El caso del *Micromegas* y de su escritor es un *rara avis* dentro de este trabajo, pues se trata del autor más filosófico dentro de los literatos. Pese a serlo, su ocupación principal era la de escritor e historiador, pero tampoco es cuestión de ponerse excesivamente nominalista con las definiciones, pues formaría parte de otro trabajo definir con exactitud hoy en día qué es exactamente un filósofo.

A lo largo de su vida, Voltaire escribió numerosas obras que abarcaron todo tipo de géneros literarios, desde los cuentos y las novelas, donde se ubica su obra más conocida, el *Cándido o del optimismo*, hasta tratados de filosofía y religión, pasando también por poemas, tragedias y análisis históricos. En su dilatada producción suelen destacar unas constantes que se aprecian en casi todas sus obras, a saber, fuertes críticas contra el dogmatismo, la superstición y el absolutismo, defendiendo siempre la libertad de expresión, de pensamientos y de derechos. Su forma de pensar le acarreó numerosos problemas, como el mencionado encarcelamiento, la necesidad de huir a Inglaterra o la quema de algunas de sus obras, perpetrados todos por la iglesia y la nobleza. Su vida tampoco estuvo exenta de numerosas trifulcas con diversos filósofos tanto coetáneos como anteriores, siendo las dos más notorias por un lado la guerra dialéctica que mantuvo con Rousseau, autor que le criticó por su hipocresía social llevando a Voltaire a hacer lo mismo, exponiendo la hipocresía de Rousseau al abandonar a sus hijos en un orfanato pese a que predicaba ideas sobre la educación y el cuidado; y por el otro las célebres críticas que hizo contra Leibniz, principalmente en su obra *Cándido*, donde de una manera muy mordaz y vitriólica caricaturizó su optimismo metafísico en el personaje de Pangloss. Aparte, tuvo también disputas con diversos científicos, cartesianos y matemáticos de toda índole. En resumen, una figura notoria cuyas ideas no dejaron indiferente a nadie, unas ideas y críticas que se ven perfectamente reflejadas en el relato que aquí se trata, de nombre *Micromegas*.

Este breve relato posee una carga gnoseológica enorme, tratando en sus páginas la relatividad del conocimiento humano, la importancia de las perspectivas frente a ese conocimiento, los límites de la propia razón, el desconocimiento y, en general y como suele ser costumbre en sus obras, una muy marcada crítica mordaz e irónica contra el antropocentrismo, el maniqueísmo, la intolerancia y la religión. Se trata de un relato que a menudo se cataloga también como una de las primeras obras de ciencia ficción modernas o proto sci-fi. En él, Micromegas, un habitante del planeta Sirio, es un viajero espacial que, expulsado temporalmente de su planeta por las autoridades religiosas de este, llega al planeta Saturno, en nuestro sistema solar, donde conoce a un habitante de este, un secretario y filósofo del planeta. Micromegas vive 700 veces más que el saturniano y es inmensamente más grande. El saturniano a su vez vive 15.000 años y tiene 72 sentidos, mientras que Micromegas posee mil. Juntos emprenden un viaje hasta la Tierra, donde descubren a un grupo de filósofos que viajan en barco y entablan una conversación con ellos sobre diversos temas.

Ya de por sí podemos ver en el nombre del protagonista uno de los temas centrales de la obra, pues “micromegas” significa a la vez pequeño y grande, dando a entender que todo depende del punto de vista y de la perspectiva, pues él es mucho más grande que el saturniano y miles de veces más que los humanos, pero describe a su vez haber visitado planetas con seres mucho mayores y longevos que él. Aún así y pese a su longevidad, cuando el saturniano se lamentan por solo vivir unos cuantos milenios, Micromegas le dice que “cuando llega el morir, poco importa haber vivido una eternidad o un día” (Voltaire, 2013, p. 23). Esta afirmación choca directamente con la filosofía del saturniano, que a su vez se extraña enormemente de que seres como los humanos, que apenas viven unas décadas, sean capaces de amar, discurrir, pensar y dialogar, y Micromegas le argumenta al saturniano que lo que cuentan son las proporciones, pues los humanos tienen menos años, menos sentidos o menos sustancias en esencia porque proporcionalmente están acordes a ellos, poseen lo adecuado para sus necesidades vitales, y cuando el saturniano le pregunta sobre por qué la naturaleza ha dispuesto las cosas de maneras tan extrañas Micromegas le responde que la naturaleza es como la naturaleza, “para qué buscarle comparaciones?” (Voltaire, 2013, p. 21). Ya en estas primeras páginas del relato se puede observar como Voltaire razona sobre lo relativo que es el conocimiento, y sobre que no existe una única verdad, una objetividad pura en menesteres tan grandes como lo son la existencia o la sabiduría.

Al principio, cuando los dos protagonistas llegan a la Tierra, el saturniano cree que no está habitada, pues no son capaces de ver vida alguna, y Micromegas le pregunta lo siguiente: “¿Si no lo ves no existe?” (Voltaire, 2013, p. 27). Esta pregunta es primordial en el relato porque está en consonancia con las ideas empiristas de Voltaire. A priori podría parecer que se está estableciendo todo lo contrario, a saber, una crítica al conocimiento meramente experiencial, pero nada más lejos de la realidad. En esta parte de la historia podemos apreciar una fuerte crítica tanto al antropocentrismo como, de manera más velada, al empirismo ingenuo. El saturniano rechaza aquello que sus ojos no ven, y aquello que pueden ver pero le resulta extraño también tiende a tildarlo como inferior en un primer momento. Le parece caótica la Tierra, irregular en las formas geométricas de ríos, montañas, climas, geometría del planeta etc., porque lo que él conoce es lo que cree normal. Sin embargo, Micromegas, mediante el uso de la lógica y de la ciencia, construye un microscopio y un aparato auditivo para poder ver y oír a los pequeños humanos, cosa que logra, demostrando por un lado que el verdadero empirismo no consiste en rechazar lo que no ves sino en usar la técnica para expandir los límites de la mera observación directa; y por el otro que la realidad es mucho más que aquello que nosotros como especie creemos conocer.

La anterior escena me recuerda enormemente a la famosa Paradoja de Fermi, del físico Enrico Fermi, que trata de dar una explicación en forma de teorías plausibles acerca de la vida en el universo planteando dos escenarios, uno en el cual somos la única especie inteligente y otro en el que no, pero centrándose en el por qué no hemos tenido noticias aún (Urban, 2015/2014). En ese segundo escenario se ofrecen diez explicaciones plausibles sobre esto y, en la novena, el físico teórico Michio Kaku plantea lo siguiente, extraído de su obra *Física de los imposible*: “Digamos que hay un hormiguero en medio del bosque. Y justo al lado del hormiguero construyen una superautopista de diez carriles. Y la pregunta es, ¿serían las hormigas capaces de entender qué es una superautopista de diez carriles?”. Pues así, de igual forma que las hormigas no entienden el concepto de autopista, perfectamente el ser humano puede no entender el concepto de autopista alienígena espacial (Kaku, 2010). De nuevo, que desconozcamos algo no significa que no exista categóricamente, tal vez no lo vemos, o simplemente somos aun muy primitivos como para entenderlo, y en cualquiera de los casos, poner al ser humano como protagonista de todo es algo cuanto menos soberbio (y bastante ridículo).

Pero el relato de *Micromegas* no solo posee una profunda carga epistemológica, sino también metafísica o incluso ética y política, cosa que se puede apreciar cuando conversa con los filósofos humanos y estos les hablan a los extranjeros sobre la guerra y la crueldad humana (la guerra ruso-turca de 1736) afirmando que la maldad ha existido siempre. Micromegas, que es un sabio pero que no se considera tal, dando muestra de su empatía y su amor por la sabiduría, les responde que “quizá en mi corte no se dignaran a miraros, pero yo no desprecio a nadie y os ofrezco mi protección” (Voltaire, 2013, p. 33), halagando a los filósofos humanos por no participar en la barbarie humana de la guerra y afirmando que es algo que se da incluso en las civilizaciones más avanzadas, estando todos de acuerdo en que los culpables siempre son los poderosos, que ven morir y vencer a sus soldados, y luego le agradecen a Dios por ello, mostrando aquí una crítica también a la religión dogmática e imperante de la época.

Así pues, extrañados y curiosos, los dos titánicos visitantes le preguntan a los filósofos que a qué se dedican, respondiendo estos que “disecamos moscas, medimos líneas, acopiamos números; estamos de acuerdo en dos o tres puntos en los que nos entendemos y disputamos sobre dos o tres mil en que no” (Voltaire, 2013, p. 37). Estas actitudes, a menudo tan filosóficas, podrían llamarse, como se mencionaba en puntos anteriores del trabajo, como saberes inútiles, pero Micromegas deja claro su interés en todos sus puntos de vista dando a entender que siempre se tiene algo que aprender, y por eso les pregunta por aquellas cuestiones que considera primordiales como las que tienen que ver con el alma, la materia o el espíritu. Los filósofos por su parte responden siguiendo a autores como Aristóteles, Descartes, o Locke, y Voltaire aprovecha para plasmar en el escrito qué escuelas o ideas son las que en más alta estima tiene.

Como no podría ser de otra forma, los humanos tienen tantas y tan variadas opiniones que incluso entre los más doctos filósofos hay algunos que pecan de soberbia, de antropocentrismo o de poseer conocimientos que verdaderamente escapan a su entendimiento, como cuando por ejemplo uno de los filósofos, el cual sigue las ideas de Santo Tomás, le dice a Micromegas que incluso él fue hecho para el hombre. Esto a Micromegas le divierte pero por primera y única vez en todo el relato se le ve también enfadado, afirmándole a su amigo saturniano su asombro “al ver que los seres infinitamente pequeños atesoran un orgullo casi infinitamente grande” (Voltaire, 2013, p. 41), de nuevo mostrando una mordaz crítica a la altivez y la arrogancia humanas, que desde tiempos inmemoriales persistieron en mantener y anticipar lo que hoy en día en

psicología se conoce como el sesgo cognitivo de Dunning-Kruger, que básicamente consiste en sobreestimar las capacidades de uno mismo en ámbitos en los que no es un experto.

Algo así precisamente ocurre hoy en día de manera flagrante y terrible, pues las redes sociales —con las innegables virtudes que tienen, pero que no son objeto de esta discusión— están plagadas de farsantes, embaucadores y falsos gurús que, bajo la forma de influencers, youtubers o creadores de contenido cometen todos aquellos actos inmorales, deshonestos y fraudulentos que Voltaire tanto habría odiado. Hoy en día está de moda dar la opinión de todo sin saber de nada, y no sería un problema si sus predicas quedasen abandonadas al ostracismo, pero no es así, y muchos jóvenes actualmente parece que prefieren educarse en las redes antes que en la escuela. Y saber esto es vital para el profesorado, porque no sirve de nada la mano dura y la prohibición, ya es tarde para no dejar que los chavales hagan uso del internet o de las redes con diez años; pero sí que está en nuestras manos el educarles a usar bien las herramientas de las que disponen, mostrarles que las redes pueden ser el medio para lograr un fin, pero jamás que estas son el fin en sí mismo.

Al final del relato, Micromegas elabora y les da a los filósofos un libro que contiene toda la finalidad de las cosas, y está en blanco. Contiene todo y nada. Como el síndrome de la página en blanco del escritor, extrapolable al lienzo vacío del pintor o al bloque de granito sin cincelar del escultor, se tienen a la vez todas las posibilidades y eso es algo que puede abrumar, pero también ilusionar. Es una lección de humildad y escepticismo para con los límites del conocimiento, pero también una propuesta a seguir indagando, a jamás dejar de hacerlo. Pero los filósofos, que también eran conscientes de esto, solo exclamaron “¡ay, me lo temía!” (Voltaire, 2013, p. 41).

Finalmente, y a modo de curiosidades interesantes, la estrella Sirio o *Sirius* es la más brillante en todo el cielo nocturno y pertenece a la constelación del Can Mayor o *Canis Maior*, que junto con *Canis Minor* son los dos perros cazadores de la constelación de *Orión*, y ya desde la antigüedad ha tenido una importancia notable en diversas culturas como la egipcia o la griega, sin ir más lejos en pasajes literarios de la *Iliada* de Homero, donde se nos menciona que “el anciano Príamo fue el primero que con sus propios ojos le vio venir por la llanura, tan resplandeciente como el astro que [...] recibe el nombre de perro de Orión, el cual con ser brillantísimo constituye una señal funesta porque trae excesivo calor a los míseros mortales” (Homero, 2014, Canto XXII). Esta importancia se

mantiene hasta nuestros días incluso en la cultura popular y en la literatura moderna, como en la novela de ciencia ficción *Rama revelada*, última de la tetralogía de *Rama* de Arthur C. Clarke, obras pioneras de su género y que quizá no hubiesen existido jamás de no ser por las primeras proto novelas de sci-fi como el propio *Micromegas*; o incluso en los famosos cómics de Tintín, dando nombre al barco en que el reportero se embarca para ir a buscar el tesoro del *Unicornio*. También en la música hay notables apariciones de esta estrella, especialmente en el subgénero del rock y del metal, la música progresiva, que probablemente sea el mayor exponente técnico, virtuosístico y compositivo que ha existido desde la música romántica. La archiconocida canción *Sirius* del disco *Eye In The Sky* del famoso grupo The Alan Parsons Project y que hace de intro del álbum; o directamente influenciado por el *Micromegas* en cuanto a inspiración y temática, el álbum *From Mars to Sirius*, de la banda francesa Gojira, disco conceptual que trata sobre la destrucción de la tierra por las guerras y la polución y de la búsqueda de un remedio para su supervivencia viajando hasta la lejana estrella. Como puede apreciarse, Sirio siempre ha estado asociada a la vez con la búsqueda y con el descubrimiento, con las partidas y las llegadas.

Otra curiosidad relacionada también con los cuerpos celestes y la literatura es la admiración que Voltaire sentía por el escritor Jonathan Swift, más concretamente por su famosa novela satírica y de aventuras *Los viajes de Gulliver*, obra que se ve a menudo referenciada en el *Micromegas*. De hecho, Voltaire conoció y entabló amistad con el escritor irlandés, e influenciado por su obra y por las ideas del astrónomo y matemático Johannes Kepler, pues ambos habían hablado ya del tema, mencionó en el *Micromegas* las dos lunas de Marte, más de un siglo antes de que oficialmente el astrónomo estadounidense Asaph Hall demostrase que efectivamente dicho planeta poseía dos lunas, a las cuales llamó Fobos y Deimos.

Sea como fuere, está claro que el *Micromegas* es un relato que posee tanto una carga epistémica muy notable como una relevancia histórica y literaria muy reseñable, que todo ello sumado a su brevedad y a su lenguaje sencillo y accesible la convierten en una gran obra para plantearles a los jóvenes diversos dilemas filosóficos de toda índole.

Segundo bloque: *La llamada de Cthulhu* y el problema de la realidad o metafísica

Así como el *Micromegas* cuestiona el antropocentrismo y plantea límites al conocimiento humano, *La llamada de Cthulhu* también aleja al ser humano del protagonismo en la historia, pero en lugar del conocimiento esta vez tenemos un relato centrado en la insignificancia tanto de la ontología del ser humano en particular como de la metafísica del universo en general.

Howard Phillips Lovecraft (Providence, 1890 – Providence, 1937), más conocido directamente como H. P. Lovecraft, fue un escritor famoso por sus mundos y sus historias enmarcadas dentro de la corriente conocida como el cosmicismo u horror cósmico. Está considerado ampliamente como uno de los pilares fundamentales de la literatura de terror de todos los tiempos, compartiendo el podio con Edgar Allan Poe y Stephen King. Su literatura estuvo enormemente influenciada por diversos sucesos trágicos que marcaron su vida, como el temprano fallecimiento de su padre, la sobreprotección materna que aconteció tras dicho suceso y el aislamiento social del escritor durante buena parte de su vida. De hecho, a lo largo de su trayectoria y al igual que un sinfín de literatos y artistas a lo largo de la historia, cosechó muy poca fama y reconocimiento cuando estuvo vivo, publicando sus trabajos en revistas *pulp*, que eran publicaciones muy baratas y generalmente de escasa calidad. Aun así, no creo que haga falta mencionar el enorme éxito que tanto el autor como el propio fenómeno *pulp* tuvieron posteriormente, desde personajes icónicos que surgieron de este género tales como Tarzan, Conan el Bárbaro o incluso El Zorro, o la archiconocida película que popularizó enormemente el término *Pulp Fiction* de Quentin Tarantino. Así y tras su muerte, el autor se consolidó en el siglo XX como uno de los escritores más importantes del dicho periodo.

Hablar de Lovecraft es hablar de Cthulhu, y hablar de Cthulhu es hablar de uno de los seres más famosos de la literatura, codeándose con personajes que han trascendido dicha categoría para convertirse prácticamente en símbolos atemporales, tales como Drácula, Frankenstein o el payaso Pennywise. Una entidad monstruosa que va más allá de los dioses tradicionales, enarbolando el que sería un universo compartido de mitos e historias que subvirtieron por completo la narrativa de los argumentos clásicos de las novelas de la época.

Pero antes de hablar de *La llamada de Cthulhu* es necesario mencionar el ensayo del autor llamado *El horror sobrenatural en la literatura*, un escrito de 1927, publicado

por fragmentos entre 1933 y 1935, en el cual Lovecraft sienta las bases de la filosofía que recorrería la mayoría de sus obras. Como bien se nos afirma en este de manera categórica y en defensa de la literatura de lo extraño, “la emoción más antigua y más fuerte de la humanidad es el miedo, y el miedo más antiguo y más fuerte es el miedo a lo desconocido” (Lovecraft, 2024, p. 9). Esto es un hecho difícilmente refutable y, sin embargo, tanto el “idealismo ingenuo e insípido que desprecia los motivos estéticos y exige una literatura didáctica que edifique al lector hacia un grado aceptable de cretino optimismo”, como “las saetas de una sofisticación materialista que se aferra a las emociones comunes y a los eventos externos” se oponen a dicha literatura de lo extraño. Y, aun con todo, esta literatura de lo extraño logró sobrevivir, quizá al principio no de manera universal, pero sí para las mentes que contasen con una sensibilidad adecuada para lograr entenderla y disfrutarla. Y Lovecraft no se equivocaba, pues casi un siglo después de que escribiera el ensayo, la permanencia del autor en la literatura del nuevo milenio es perenne, y no tiene pinta de que vaya a dejar de serlo a corto plazo.

Así, la literatura del terror cósmico va más allá del miedo y del terror típico, juega con unos planos existenciales y metafísicos que trascienden el usual significado que le otorgamos a la experiencia de ser humano. Pero no es algo chamánico ni ritualista, es más psicológico, es esa atracción a lo macabro y a lo espectral que hay en todos los seres vivos, aunque a veces reprimida por una falta de imaginación o de capacidad de abstracción y de disociación. Así, podría parecer que poseer las aptitudes de “aquellos que se hallan lo bastante libres del hechizo de la rutina diaria para responder cuando lo desconocido llama a la puerta” (Lovecraft, 2024, p. 10), lejos de ser algo deseable, sería más bien una maldición, pero nada más lejos de la realidad.

Al igual que el conocimiento, que muchos tratan de eludir por miedo a saber — como rezaba aquella conocida frase, supuestamente encontrada a modo de grafiti en un pupitre, “la inteligencia me persigue, suerte que yo soy más rápido”— muchos otros le tienen miedo al horror, pero lo sensitivo es algo que siempre está con nosotros, “y a veces una curiosa vena fantástica invade un oscuro rincón incluso de la cabeza más dura, y entonces ninguna racionalización ni análisis freudiano puede del todo anular la emoción del susurro en la chimenea o del boque solitario” (Lovecraft, 2024, p. 10). Y esa es precisamente la razón por la que la literatura lovecraftiana es tan potente, porque no destierra el horror clásico, ni el sobrenatural, ni el psicológico, sino que los amalgama todos para crear una nueva experiencia estética capaz llevar al ser humano a cuestionarse

el papel de su propio ser en la existencia y el devenir del universo, bailando incluso con los vacíos del no-ser, de la meontología. Así es la literatura de Lovecraft, y así es también su más celebre obra, *La llamada de Cthulhu*.

El relato comienza con una frase que bien podría resumir toda la obra, bien podría dar para un trabajo entero aparte, y que reza lo siguiente: “Nada en el mundo proporciona más alivio, creo, que la incapacidad de la mente humana para relacionar entre sí todos sus contenidos. Vivimos en una plácida isla de ignorancia, en medio de mares, negros e infinitos, y no estamos hechos para emprender largos, viajes” (Lovecraft, 2024, p. 19). A lo largo de casi toda su historia y tan pronto nuestra mente adquirió un mínimo atisbo de conocimiento, el ser humano ha creído ser el centro del cosmos, pero paradójicamente, cuanto más evoluciona nuestro saber, nuestra ciencia y nuestro conocimiento del universo, más nos percatamos de que apenas y con suerte hemos desentrañado un diminuto porcentaje de todo lo que la existencia contiene. No fue hasta hacer pocos años que comenzamos a ver que, lejos de ser los protagonistas del relato de la historia universal, somos meras menudencias dentro de la casi infinita finitud, y hoy en día aún cientos de millones de personas creen que somos una variable indispensable de la ecuación del cosmos.

Como se afirma al principio del relato, “los teósofos han sospechado la tremenda magnitud del ciclo cósmico del que nuestro mundo y el género humano constituyen efímeros incidentes” (Lovecraft, 2024, p. 19), y me resulta imposible no traer a colación el tan famoso inicio del ensayo *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* de nuestro ya mencionado filósofo alemán Nietzsche y que relata lo siguiente: “En algún apartado rincón del universo, desperdigado de innumerables y centelleantes sistemas solares, hubo una vez un astro en el que animales astutos inventaron el conocer. Fue el minuto más soberbio y falaz de la Historia Universal, pero, a fin de cuentas, sólo un minuto. Tras un par de respiraciones de la naturaleza, el astro se entumeció y los animales astutos tuvieron que perecer” (Nietzsche, 1996, p. 17). De esta manera y como se mencionaba, somos meros granos de arena en la playa que es el universo, y lo que hagamos o dejemos de hacer nunca le ha importado ni le importará a nadie.

La trama del relato en sí está contada por un antropólogo que recopila, analiza y sigue todas las pistas que su recientemente fallecido tío, un eminente académico, dejó sobre un extraño ser llamado Cthulhu, y todo un culto existente por y para rendirle pleitesía. Junto a todas estas pistas y documentos, su tío deja también una figurita de dicho

ser, representada como una monstruosidad cuadrúpeda con cabeza de pulpo y alas de dragón. Al poco de comenzar su periplo, el protagonista se va dando cuenta de toda la oscuridad que envuelve al secretismo de las investigaciones de su tío, y si bien desea dejarlo en innumerables ocasiones, creyendo que su pariente murió precisamente por no hacerlo, algo le sigue impulsando a seguir indagando. Los escritos o los testimonios más notorios y perturbadores hablan de que “en su morada de R’lyeh, Cthulhu muerto aguarda soñando” y que él, o ellos, si es que acaso pueden ser personificados, “vinieron de las estrellas y trajeron sus imágenes consigo”.

A medida que avanza la trama y por medio del relato de un inspector de policía, se nos narran las redadas contra los seguidores del extraño culto de Cthulhu, que estaban perpetrando asesinatos vandálicos a modo de ofrendas. Los policías acaban con el culto y mandan colgar a los salvajes por adorar a seres extraños y sacrificar a humanos en su nombre. Si bien y como es evidente, tamañas aberraciones han de ser condenadas, resulta muy reseñable la crítica que se efectúa aquí contra el miedo a lo desconocido, que funciona también como una tácita crítica a la institucionalización de las creencias. Al fin y al cabo, creer en Dios es normal, pero en Cthulhu, sin embargo, locura y blasfemia. Obviamente matar es una aberración, pero resulta curioso que las últimas ejecuciones por motivos religiosos en Europa fueron menos de un siglo antes de que el relato se escribiese, y hoy en día siguen siendo comunes en varios países teocráticos extremistas. Y aun con todo, Cthulhu es indiferente a todo ello, le trae sin cuidado, y en ese sentido funciona también como todos los dioses creados por la historia humana, que, al menos hasta la fecha, se han mantenido completamente indiferentes a los actos humanos. Se podría argumentar, siguiendo el propio ideario del autor, muy influenciado por el nihilismo, que la diferencia entre Cthulhu y el resto de los dioses es que este no necesita de los humanos para existir. Sin hombre no hay culto, ni rezo, ni creencia, no hay institución ni iglesia, y por ende no hay Dios, pero el engendro lovecraftiano no requiere de nosotros para nada, no devuelve favores, ni tampoco los exige, pues comparado con el humano es como la Tierra comparada con la inmensidad del cosmos, nimia y huera. Es un ser sin amor, un pacto absurdo y un falso intercambio inútil.

Así, al finalizar el relato y mediante el testimonio escrito dejado por un marinero superviviente de un viaje que accidentalmente llegó a la morada de Cthulhu, podemos observar de primera mano el horror que la guarida de R’lyeh esconde. Como se mencionaba, Cthulhu se despierta por puro azar cósmico, y apenas se percata de los

humanos que pululan por la isla, muchos de los cuales mueren simple y llanamente de puro horror por asombro, al no ser capaces de procesar la monstruosidad que están viendo. Como el propio superviviente relata, “¿acaso vacilaba yo en el borde de un abismo de horrores cósmicos, insoportables para las fuerzas humanas?” (Lovecraft, 2024, p. 50). La mente humana no es capaz de alcanzar siquiera a concebir el todo de esa naturaleza, como si a los legionarios de una cohorte romana les sobrevolara una aeronave de ala fija moderna, y la única vía de escape que el humano conoce ante tamaña aparición es la locura. “No es posible describir ese Ser; no hay lenguaje que pueda transcribir semejante abismo de locura, inmemorial, semejante transgresión de las leyes, de la materia, de la fuerza y del orden cósmico” (Lovecraft, 2024, p. 56-57), relata el superviviente del viaje. Es la apertura de un universo con infinitas posibilidades a una mente que no puede racionalizar la información por mucho que se esfuerce. Y así, tal y como emergió, se vuelve a sumergir, indiferente a todo y a todos, aguardando su próxima venida, que llegará con las estrellas.

De esta manera, vemos que no hay heroísmo, no hay epicidad, no hay discursos, solo naturaleza indiferente; los marineros mueren de terror o aplastados sin que el monstruo se inmude, y aunque el marinero superviviente le embiste con el barco desesperadamente y atraviesa al monstruo, este se recompone al instante sin perseguir a los supervivientes. Es el epitome de la indiferencia plasmado en una fuerza primordial a la que no le inmutan unas simples hormigas.

Aun así, y más allá del propio Cthulhu, existe una jerarquía informal entre criaturas y entes, pero están relatadas a posta de manera confusa como parte de ese desconocimiento en tanto que conocimiento inabarcable del humano. Se sabe que Cthulhu es una de las entidades primigenias, conocidas como *Great Old Ones*, seres que habitan planetas físicos y que funcionan dentro del espacio y del tiempo, pero en todo el bestiario de Lovecraft existen también los *Outer Gods*, que son las entidades exteriores que encarnan el cosmos y escapan a toda comprensión más allá de las leyes universales; las entidades arquetípicas o *Elder Gods*, que se oponen al caos y en este caso sí protegen a los seres contingentes; y por último un sinfín de engendros, monstruos e híbridos, muchos de los cuales sirven a las grandes entidades. Aun así, huelga matizar que esta jerarquización fue hecha por compañeros y editores conocidos de Lovecraft, a modo de esclarecer un poco lo que sería, cogiendo el término de Tolkien, su “*legendarium*”. De hecho, gran parte de la filosofía lovecraftiana consiste precisamente en no nominalizar

estas aparentes jerarquías, pues la indiferencia cósmica de sus deidades es ajena a todo intento de categorización.

Así y con todo, dichas entidades no son dioses en el sentido clásico del término, son más bien seres alienígenas en extremo avanzados que no podemos ni entender que, aparte de para explicar las ideas filosóficas del cosmicismo, también personifican las ideas convencidas del ateísmo del autor como dioses sin amor, sin moral, pero también sin maldad, codicia, ni odio explícito. En más de un sentido son naturaleza pura, y parte de su comprensión también radica en no comprenderlas, pues como decía Micromegas, “la naturaleza es como la naturaleza, ¿para qué buscarle comparaciones?”.

Pero, ya para finalizar, ¿qué ideas filosóficas se pueden extraer de este relato más allá de la propia historia? Como se ha mencionado, el cosmicismo lovecraftiano es una corriente que en más de un sentido posee estrecha relación con las ideas que se han visto en el apartado anterior de Voltaire, tales como la crítica al antropocentrismo, donde la ontología de Cthulhu nos “enseña” nuestro mediocre lugar en el inmenso cosmos. El ser humano a menudo teme aquello que no conoce, y teme aún más la idea de no trascender, de no ser recordado, y ese pánico a la indiferencia universal es lo que genera el horror cósmico, no solo ante las criaturas primigenias, sino a la idea en sí que estas representan y al significado que para nosotros tienen, pues nos dejan en una posición que muchos podrían considerar tan pesimista como aterradora. Como bien se veía en la frase inicial del relato, a veces la ignorancia es un gran regalo, y el exceso de verdad, la adquisición de conocimientos y saberes que van más allá de nuestros límites, es lo que genera la locura y el horror.

Todo esto no deja de ser el corpus general del pensamiento de Lovecraft, y es evidente que muchos idealistas, creyentes o religiosos encuentran y encontrarán las respuestas en otras ideas o creencias, así como muchos materialistas, empiristas o científicos las hallarán en la idea de que tarde o temprano seremos capaces de desentrañar todos los misterios del cosmos.

Pero, aun con todo, lo que está claro es que la humillación cosmológica a la que Lovecraft somete al ser humano es algo que aterra a muchos, pero no por ello deja de plantear una más que viable, e incluso probable, condición de posibilidad existencial a la cual la mayoría de los individuos no desean enfrentarse. Esa indiferencia absoluta, esa destrucción del ego, esa pérdida de protagonismo que nos sitúa en una total

intrascendencia frente al todo, es algo aterrador, pero es en ese terror donde también reside el arte más puro. Al fin y al cabo, como afirmaba Kant, todo aquello que nos supera, todo lo que posee una magnitud, un poder y un misterio insondable que no podemos ni podremos descifrar — todo ello— es lo sublime.

La respuesta última por la pregunta del ser y la existencia no está resuelta, y quizá no lo esté jamás, pero el pensamiento lovecraftiano nos abre una puerta que, se quiera o no cruzar, plantea unos dilemas filosóficos brillantes, aptos para todo aquel que desee adentrarse en un mundo plagado de misterios, pero también repleto de una belleza estética muy particular, de plena actualidad.

Tercer bloque: *La metamorfosis* y el problema del ser humano o antropología

En este tercer bloque se pasará a hablar del problema del ser humano, que más concretamente es el de la antropología, y se hará de la mano de la que probablemente sea la obra más famosa de Franz Kafka, *La metamorfosis*. Quitando la que será la lectura del quinto y último bloque, a saber, el de la política, con *Rebelión en la granja* de George Orwell, *La metamorfosis* es muy probablemente el relato más conocido de entre todos los que se tratan en el trabajo. Aun así, y como se mencionó al principio de este, es importante también de cara al alumnado que algunas de las obras sean conocidas, pues esto de primeras puede suscitar un interés o una curiosidad que les enganche en un primer momento, cosa que otras obras totalmente desconocidas para ellos tal vez no lograrían al principio. Pero antes de pasar con el bloque propiamente dicho, primero un poco de pertinente contexto.

Franz Kafka (Praga, 1883 - Kierling, 1924) está considerado ampliamente como una de las figuras más importantes de toda la literatura moderna. Nacido en el seno de una familia judía que, tras instalarse en Praga, se codeó con la alta sociedad. Ya desde pequeño su padre fue el que se encargó de la completa educación de Kafka, y su relación estuvo constantemente marcada por el conflicto y la tensión, debido esto a los autoritarios métodos llevados a cabo por el padre. Como bien se sabe, dicha infancia y juventud condicionaron enormemente la obra del autor. Trabajó como funcionario tras doctorarse en derecho en 1906, compaginando su empleo con la escritura, aunque en vida únicamente publicó relatos, algunos tan notorios como *La condena*, *En la colonia penitenciaria* o, mismamente, *La metamorfosis*. Todas sus novelas más importantes, como *El proceso* o *El castillo*, así como la famosa *Carta al padre*, obra que detalladamente contaba todas las inseguridades, traumas y sentimientos desgarradores que el autor había sufrido, se publicaron póstumamente.

La obra de Kafka es indispensable a tan elevados niveles que se encuentra entre ese selecto grupo de escritores que inspiraron e influenciaron hasta tal punto que hoy en día sus nombres o apellidos se han convertido en adjetivos, en este caso, lo “kafkiano”. Algo similar ocurrió también con otros de los escritores de este mismo trabajo, con lo “orwelliano” o lo “lovecraftiano”. En su literatura, comúnmente enmarcada en el expresionismo, se exploran principalmente ideas existencialistas cargadas de componentes filosóficos, psicológicos y antropológicos. El nihilismo nietzscheano y la

angustia de Kierkegaard influenciaron enormemente a Kafka, y este, sin ser filósofo, influenció considerablemente con su obra a algunos de los más representativos filósofos existencialistas y absurdistas posteriores, tales como Sartre o Camus, siendo también un autor de referencia en la literatura hispanoamericana de Borges o García Marquez. De esta manera, muchas sus dichas ideas pueden verse reflejadas en su más conocida obra, *La metamorfosis*.

Se trata de un relato corto que, muy a grandes rasgos, explora la identidad y la fragilidad de la condición humana de la mano de Gregorio Samsa, un viajante de comercio que, como reza el tan conocido inicio de la novela, “se despertó convertido en un monstruoso insecto” y, sin embargo, curiosa y tristemente, lo primero en que pensó cuando observó su cuerpo coriáceo y quitinoso fue nada más y nada menos que: “¡Ay, Dios, ¡qué cansada es la profesión que he elegido!” (Kafka, 2023, p. 10), cuando tuvo problemas para poder incorporarse de la cama. Observamos pues en el comportamiento interiorizado de Samsa que las ideas hiper productivistas basadas en el trabajo y en el rendimiento absoluto en detrimento de la búsqueda de una experiencia vital digna y feliz fluyen como mantras absolutos y destructivos. El ser humano reducido a mera herramienta que debe servir al “amo”, que es como el personaje se refiere a su jefe. Samsa se dice a sí mismo que trabajará unos años más hasta pagar la deuda de sus padres, como un drogadicto o un ludópata que evocan el sempiterno mantra del “un poco más y lo dejo”, sabiendo en el fondo que probablemente jamás será capaz de hacerlo.

Así, la propia sociedad industrial de la época, cuyo tácito propósito es la alienación del individuo en busca de la mecanización humana, no da tregua al protagonista cuando este trata de excusarse a la hora de no salir de su habitación diciendo que está enfermo. “El dictamen del galeno, para quien todos los hombres están siempre sanos, y solo padecen de horror al trabajo” (Kafka, 2023, p. 12), nos dice. La enfermedad es una excusa, y las excusas no producen. Sin embargo, Kafka trata a la perfección la idea de que lo más peligroso de esa sociedad deshumanizante no son tanto sus ideas en sí, sino el cómo estas calan en el inconsciente colectivo y se asientan, haciéndole creer al trabajador que su condición de obrero cuasi esclavo es natural. Como el propio Samsa afirma, “no tengo más remedio que decir que nosotros, los comerciantes, desgraciada o afortunadamente, tenemos a la fuerza que saber sufrir a menudo ligeras indisposiciones, anteponiendo a todo, los negocios” (Kafka, 2023, p. 19). Volumen de producción, dinero, rentabilidad, en

suma, la dictadura de lo monetario. Como se solía decir en España a finales del XIX, “la pela es la pela”.

Así, cuando Gregorio no sale de su habitación, el discurso del principal, que es el superior que acude a su casa cuando observa que ha llegado tarde a su empleo, cambia de la educación formal a la afirmación de que el trabajo de Samsa últimamente ha sido mediocre, y se escuda en que es una época del año complicada pero que aun así no pueden tener los negocios parados bajo ningún concepto. Por eso, el protagonista no tiene otro remedio que salir de su habitación, y después de que todos le vean en esa condición no tiene otra cosa que decir que “deben acordarse los jefes de lo útil que ha sido y pensar que, pasado el impedimento, volverá a ser tanto más activo y trabajará con mayor celo [...] Me encuentro en gran aprieto, pero trabajando sabré salir de él” (Kafka, 2023, p. 26-27). De nuevo sale a colación ese concepto numerosas veces repetido tanto en los saberes destinados a la productividad como a las competencias estudiantiles de cara a las salidas laborales “exitosas” en cuanto al apartado monetario, que es el de “utilidad”. Gregorio, incluso viéndose en ese deplorable estado de bestia coleóptera, no puede sino pensar en lo útil y productivo que será en el futuro para suplir las míseras dos horas que ha faltado al trabajo debido a su “indisposición”.

Como era de suponer, cuando todos le ven en ese estado, tanto sus padres, como su hermana, como el principal, están aterrorizados, estupefactos y desorientados, y ninguna de ellas reacciona como Gregorio esperaba. Ese choque de su naturalidad hecha a sí misma por la auto alienación absoluta choca enormemente con el estado del resto de los personajes, que en este caso sí llevan a cabo reacciones más propias de seres humanos. Incluso el principal, que hace el papel de la deshumanización absoluta en pro del trabajo y del beneficio, exhibe más atisbos de humanidad que Gregorio, absolutamente ajeno a la realidad que está experimentando y al estado en el que se encuentra, considerándolo una parte secundaria de su condición humana por debajo de la más importante, que es la capacidad humana de trabajar. Y no es hasta que su padre le devuelve a la habitación a golpes, después de ver en shock a su madre, y meditar varias horas en solitario en su habitación, que se percató por fin de lo que en principio debería ser lo más importante, que es sobre el qué va a hacer ahora con su vida.

Realmente Gregorio trabaja por y para su familia, para poder mantenerlos, pero precisamente por eso había caído de lleno en el mundo del conformismo (relacionado casi con el absurdo) de no replantearse las cosas que le estaban sucediendo, no ya de actuar

en consecuencia, pero al menos sí de objetarle a la realidad mundana que sea tan mezquina. Extrapolándolo un poco, hoy en día esto es algo que les pasa a millones de trabajadores, tal vez a una inmensa mayoría, que aceptan las condiciones materiales de sus vidas en detrimento de su propia condición humana. Y en muchos de esos casos, ¿quiénes son aquellos que viven vidas más holgadas para echarle en cara a un obrero que trabaja hasta la extenuación que no se está centrando en tratar de vivir la vida con salud, felicidad y virtud?

Con el pasar de los días y de las semanas la familia se va quedando sin dinero, aunque el padre logra ir tirando poco a poco. Aun así, este está viejo, la madre es asmática, todos tienen deudas, y en una sociedad en la cual si no trabajas mueres eso es un problema inmenso. De nuevo, viendo panoramas tales, por un lado, resulta casi cómico a la par que insultante que una pequeñísima parte de la sociedad pueda vivir tan bien en comparación con los demás; y por el otro, no ver el absurdo de una sociedad así, creada por el humano y su supuesto raciocinio, es prácticamente una locura.

Con el pasar del tiempo y muy poco a poco la familia se va acostumbrando, aunque nunca del todo, y los roles de género están muy marcados, pues el padre se mantiene alejado, la hermana trabaja, pero con miedo, y su madre aún mantiene cierto instinto de amor maternal. Cuando no saben si cambiar la disposición del cuarto de Samsa, este se plantea lo bueno que sería de cara a poder correr y trepar libremente por las paredes, pero justo después se pregunta, “¿es que él deseaba que de verdad se cambiase su habitación [...] por un desierto en el cual podría haber trepado en todas direcciones, pero en el cual se hubiera olvidado rápida y completamente de su pasada condición humana?” (Kafka, 2023, p. 48). Por ello, trata de seguir manteniendo las costumbres de un ser humano, pese a solo serlo en la mente y no en el cuerpo.

De esta manera, se establece en la casa un triángulo de existencia y acción diarias: La hermana, servil pero apartada; la madre, cariñosa hasta que debe enfrentarse a la realidad, que la paraliza; el padre, ante la impotencia, recurre a una falsa autoridad y a la violencia. Pese a ello y como si el amor pudiese muy de vez en cuando abrir atisbos de, quizá no esperanza, pero sí cierto afecto, y tal vez arrepentido el padre por sus actos, la familia le permite a Samsa observarles desde su cuarto y oír sus conversaciones. Él ahora, ya casi impedido, encuentra aun así consuelo suficiente en poder ver a su familia de nuevo, aunque sea en la distancia.

Aun así, el padre, contumaz como el hijo en su día, no quiere abandonar ni en casa su trabajo, durmiendo incluso con el uniforme puesto, y a la madre y a la hija les es imposible tratar de contrarrestar su extremadamente porfiada conducta, cosa que de manera irremisible va agravando progresivamente su ya de por sí endeble estado de salud. Uno siempre tiene la sensación de que la terquedad y la obstinación se agravan especialmente en la vejez, y si ya es difícil cambiar los hábitos de un ser alienado por el trabajo en su juventud, prácticamente imposible es hacerlo en alguien que ha vivido así toda su vida, por mucho que de forma contraproducente esto afecte negativamente a sus seres queridos. Y así, con el inexorable paso del tiempo, la familia comienza a despreocuparse, a tratar a Samsa como una incómoda menudencia, y Gregorio, por su parte, se encuentra cada vez más débil, y cada vez más molesto.

En momentos de desesperación y desasosiego, la condición humana aflora de manera distinta en cada uno. Su madre aún le quiere, ese instinto biológico no se pierde, más su hermana muestra por un lado una clara indiferencia, pero por el otro un profundo enfado si alguien llevaba a cabo las tareas que ella terriblemente mal hace. De esta forma, acaban recurriendo a la asistenta, que curiosamente está curada de todo espanto, y Gregorio se ve pues en la situación de que la única persona que se acerca a él es alguien que lo hace por deber, no por cariño, y de una manera mecánica e indiferente.

El dinero escasea, la necesidad de vivir impera, la casa debe recolocarse a modo de hostel, la familia de Gregorio pasa a ser el personal de extraños desconocidos en su propia casa, y mientras tanto nadie se acuerda ya de nuestro protagonista. Aquí surge una de las eternas dudas, que jamás se han resuelto ni se resolverán, sobre la calidad de la vida misma, preguntas que hoy en día siguen repitiéndose en numerosos ámbitos de la vida social y particular. ¿Hay que cuidar del inválido hasta las últimas consecuencias, aunque esto devenga en la propia muerte de uno? ¿Se le debe abandonar a su suerte solo para lograr así poder sobrevivir a expensas del desdichado? ¿Existe la culpa? ¿La tiene alguien?

Al final la familia no aguanta más, después de que Gregorio se presente en el salón a la vista de los huéspedes y estos se marchen harto molestos. La hermana se limita a decir: “Es forzoso intentar librarnos de él. Hemos hecho cuanto era humanamente posible para cuidarle y tolerarle, y no creo que nadie pueda, por tanto, hacernos el más leve reproche” (Kafka, 2023, p. 72), afirmación con la que el padre está de acuerdo. De nuevo, ¿hay que culpar a la desesperación o hay que tildar a la familia de Gregorio de mezquina

e inhumana? El que la está sufriendo sin duda es Gregorio, pero la condición humana es tan frágil que se rompe en mil pedazos ante la imposibilidad de convivir con la locura. Y así lo termina dictando la hermana: “Esto acabará matándonos a todos [...] Yo tampoco puedo más”. (Kafka, 2023, p. 72).

Todo este descenso a la desesperación más impotente me recuerda al discurso que el personaje del Joker hace en uno de los comics más famosos e importantes del genio y visionario autor Alan Moore, y que a la vez es una de las historias más aclamadas del personaje de Batman, *La broma asesina*. En esta obra, el Joker, tras romper psicológicamente al comisario Gordon para demostrar su famosa teoría de que “no hay diferencia entre los demás y yo. Lo único que se necesita es un mal día para convertir al hombre más cuerdo del mundo en un lunático. Un mal día es la distancia que me separa del mundo” (Moore, 2009, p. 45). Así, en el mencionado discurso, el payaso elucubra sobre el ser humano promedio, sobre cómo un individuo que no destaca en nada pero que posee una escala de valores completamente distorsionada es capaz de sobrevivir en un mundo caótico, irracional y, como veíamos en Lovecraft, indiferente. Su respuesta es clara, “no muy bien” pues “al enfrentarse al hecho ineludible de que la existencia humana es una locura, que depende del azar y no tiene sentido, uno de cada ocho pierde la cabeza y se vuelve totalmente majareta”, y sentencia preguntándose: “Pero ¿quién puede echarles la culpa? En un mundo tan psicótico como este... cualquier otra reacción sería una locura” (Moore, 2009, p. 40). Esa paradoja es la que se apodera de ese ser humano promedio, pues ante la absurdez y la total falta de sentido de lo que a Samsa le ocurre, ¿quién no perdería la cabeza? Lógicamente es bastante improbable que cualquiera de nosotros vaya a despertarse un día convertido en un monstruo, pero la enseñanza aquí, muy realista, es que tanto el sistema como las presiones sociales que en este se ejercen pueden convertir a cualquier individuo, a cualquier “humano promedio”, en un ser insignificante, marginado y fácilmente sustituible. Es tristemente curioso el paralelismo que podemos construir entre los protagonistas de *La metamorfosis* y de *La broma asesina*, pues ambos personajes, Gregorio y el Joker, querían proveer a su familia de un bienestar, pero por distintas desdichas la vida les azotó con una tragedia cruelmente desproporcionada, con una metamorfosis que les destruyó.

Así, tal vez por desesperación, tal vez para exculparse, la familia termina achacándole todas las culpas de sus penurias a Gregorio, afirmando que él mismo debería haberse marchado si mantuviese un atisbo de su pasada humanidad. Y cuando finalmente

está a punto de morir, en su último soplo de vida, se nos relata que “todavía pudo vivir aquel comienzo del alba que despuntaba detrás de los cristales. Luego, a pesar suyo, su cabeza se hundió por completo y su hocico despidió débilmente su postrer aliento.” (Kafka, 2023, p. 76). Aún con todo, Samsa no quería morir, pues lo que le había sucedido no era culpa suya.

Al final del relato, la familia sigue adelante, y mejor que nunca, tras el fallecimiento de Gregorio. Esto nos demuestra que uno puede dejar atrás todo con tal de comenzar una nueva vida próspera y afortunada, incluso si eso significa desterrar de tus recuerdos a alguien que en absoluto merecía aquello que le sucedió.

Las lecturas que pueden hacerse, que se han hecho, y que se harán, de *La metamorfosis* de Kafka son innumerables, pero en lo referente a este trabajo considero que no solo plantea dilemas humanos y antropológicos interesantes y relevantes, sino que lo hace, más de cien años después, con una vigencia plena, y en gran medida también aterradora. Al fin y al cabo, por muchos avances que la sociedad ha hecho en ciencia, medicina, bienestar general o derechos laborales, sigue habiendo un fondo maquiavélico y perverso detrás de ese sistema aparentemente acomodado que impera en los países occidentales. Al fin y al cabo, nuestros privilegios se mantienen en la cúspide de una pirámide que se soporta por la pobreza y la desigualdad de unos en pro de la acumulación y el lucro de otros; e incluso la educación, la sanidad o el bienestar siguen siendo actualmente activos financieros sujetos a la mercantilización y a la ley de la oferta y la demanda. Darse cuenta de esto es el primer paso para poder modificarlo, y usar a Samsa, o próximamente a Iván, como ejemplos de aquello que debemos cambiar, es una buena forma de empezar a evolucionar.

Cuarto bloque: *La muerte de Iván Ilich* y el problema de la ética

En este cuarto bloque se procederá a hablar de la ética tomando como obra *La muerte de Iván Ilich* del escritor ruso Lev Tolstói. Una obra que nos enseña a poner en valor la vida —más allá de eslóganes banales y superfluos— centrándose en la virtud, en la bondad y en la felicidad que una existencia plena e íntegra puede aportarnos, tanto a nosotros como a nuestros seres queridos, permitiéndonos también, quizá no convertir el mundo en un lugar mejor, pero sí tratar de aportar en él nuestro granito de arena mediante la toma de conciencia del mundo que nos rodea en estos tiempos convulsos. Algo que nuestros jóvenes, y no tan jóvenes, necesitan acuciantemente.

Lev Tolstói (Yásnaya Poliana, 1828 - Astápovo, 1910), ampliamente considerado en la actualidad como una de las grandes figuras de la literatura universal, nació en el seno de una noble familia directamente emparentada con los fundadores del imperio ruso. Pese a su ilustre prosapia, la infancia del autor se vio fuertemente marcada por la pérdida, pues su madre falleció cuando tenía dos años y su padre cuando apenas contaba los nueve, por lo que toda su educación estuvo dirigida por diversos preceptores. La vida de este autor, ávido lector y consumidor de clásicos desde niño, estuvo marcada por diversas crisis existenciales que definieron su literatura, siendo la primera el mencionado fallecimiento de su padre. Hasta la veintena se dedicó a llevar una vida díscola marcada por la evasión de las responsabilidades y por el vicio del juego, pero en 1854, tras fracasar tanto en su intento de estudiar Derecho como en el de gestionar las tierras de su familia, marchó a la Guerra de Crimea. En aquella época descubrió a algunos de los autores que más le influyeron y, atribulado por los horrores que vio, comenzó su carrera literaria.

La literatura de Tolstói puede así dividirse en varias etapas: En la primera se va fraguando su identidad pacifista, marcada por una clara preocupación por la mejora de las condiciones de trabajo de los campesinos. Tras esta, después del fallecimiento de su hermano Nikolái, el autor experimentó su más prolífica etapa, con sus obras cumbre, *Guerra y Paz* y *Anna Karenina*, dos novelas maestras que redefinieron la historia de la literatura. Tras escribir esta última, el autor cayó en una profunda crisis existencial que casi le llevó al suicidio, y así, entregado ahora por completo a sus ideales humanistas, escribió las novelas finales, que fueron la cumbre de su desencanto con la aristocracia y las instituciones religiosas, obras entre las cuales se encuentra *La muerte de Iván Ilich*. En consonancia con esta última etapa, varios años después de escribir el que fue su

manifiesto personal, la por desgracia no tan conocida obra *Resurrección*, terminó renunciando a todas sus riquezas y a su posición social, falleciendo en la humilde casa del jefe de estación de Astápova, rodeado de su familia y desligándose de los bienes materiales.

Aparte, es reseñable mencionar que fue, junto con Fiódor Dostoyevski, uno de los grandes autores del realismo ruso, movimiento surgido como reacción contra el romanticismo y que mostraba la realidad más objetiva de la sociedad, centrándose en los conflictos morales, psicológicos y sociales de la época mediante el uso de personajes complejos, realistas y fuertemente influenciados por su entorno. De manera más concreta, en Rusia, hablamos de una época de enormes cambios sociales, previos a lo que décadas después acabaría desembocando en la caída del zarismo, que más en profundidad de tratará en la última obra de este trabajo, en el apartado de la política.

Pero pasando ahora a hablar de la obra y como previamente se ha mencionado, Tolstói se vio envuelto en una profunda crisis existencial cuando terminó *Anna Karenina*, crisis que le sumió en un abismo de tormentos y dudas, pese a que la propia obra de *Anna Karenina* fue recibida de manera muy positiva en la sociedad rusa de su época. Lo triste, aunque enormemente interesante, es que dicha obra, y todos los dilemas que en ella se plantean, fueron los que le condujeron a esa crisis, pues le afectaron directamente en tanto a lo hipócrita que se sentía, cosa que le llevó posteriormente a escribir una serie de obras con las que trató de buscarle un sentido a su propia existencia, siendo *La muerte de Iván Ilych* la más importante de este periodo vital del escritor.

Al final de *Anna Karenina*, el personaje de Lievin, que es el que más se identifica con el propio autor, dice lo siguiente: “Mi vida interior ha conquistado su libertad; no estará ya a merced de los acontecimientos, y cada minuto de mi existencia tendrá un sentido incontestable y profundo, que podré imprimir a cada uno de mis actos: el del bien”, (Tolstói, 2019, p. 648). Así, *La muerte de Iván Ilych* es una novela mucho más introspectiva y monológica de lo que es habitual en el autor, y cambia enormemente con respecto a obras anteriores, principalmente porque no se limitó únicamente a plasmar unas ideas éticas y estéticas de forma teórica, sino que comenzó a llevar sus propios preceptos a la práctica, transicionando hacia el hombre probo y honesto en que se convertiría.

La muerte de Iván Ilich es una novela breve que posee una carga ética y ontológica enorme, y que se caracteriza por tener muy bien definida una estructura circular, terminando en el mismo punto en que comenzó. Aparte de tratar numerosos conceptos tales como el sentido la existencia, el sufrimiento o la muerte, su principal carga filosófica reside en la moral que expresa. Su protagonista es un funcionario estatal que, pese a tener una vida bastante holgada y sin problemas financieros, vive consumido por el trabajo y por la perspectiva de seguir ascendiendo, como ya hemos visto en el personaje de Gregorio Samsa, pese a que este último no contaba con las comodidades de estatus con las que Iván cuenta. La diferencia entre ellos, empero, reside en que Gregorio fallece en la agonía más absoluta, sin poder alcanzar un despertar o una revelación que al menos le dejen morir en paz, mientras que Iván logra ver al final de su vida lo terrible que ha sido el vivirla pensando únicamente en las apariencias y en las exigencias de estatus y dinero que la sociedad exige. Pero primero se pasará a desglosar un poco la historia de cómo Iván llegó a esa catarsis previa al morir que le permitió darse cuenta de todos los errores que en vida cometió.

El relato comienza de manera muy dura, directa y contundente, en el velatorio de Iván Ilich, después de su muerte. “Lo primero que los señores, reunidos en el Despacho, pensaron, fue qué repercusión podía tener esta muerte en el traslado o ascenso de ellos mismos o de sus conocidos”, (Tolstói, 1980, p. 18). De nuevo observamos esa sociedad deshumanizada, donde incluso algo como un fallecimiento puede ser motivo de regocijo entre aquellos que solo ansían estatus y riquezas. Así discurren los supuestos amigos del protagonista, pensando que “además, el hecho de la muerte de un hombre, a quien conocían de cerca, había provocado en todos ellos un sentimiento de alegría, al pensar que había muerto otro y no ellos mismos”, (Tolstói, 1980, p. 18). Aparte de esto, y por añadir aún más capas de cinismo, también piensan en el tedio de tener que ir al entierro y de lidiar con la viuda. Efectivamente, esto lo piensan aquellos que se supone eran sus amigos.

Vemos aquí de nuevo un reflejo que hoy en día no ha cambiado tanto en el mundo moderno de la competitividad empresarial. Evidentemente no se debe generalizar, pero bien es cierto que, sobre todo en los primeros años de los jóvenes que encuentran trabajo en dicho mundo, la estancia en según qué lugares se convierte en una picadora de carne, una carrera en la que o pisoteas o eres pisoteado, donde la amistad, el afecto y en general, la ética, brillan por su ausencia.

Así, podemos observar cómo los distintos actores que pasan por la escena no se preocupan de la realidad que están viviendo, les es totalmente indiferente, solo piensan en salir de ahí, echar una partida ociosa de cartas y volver a sus rutinas tranquilas para seguir produciendo y escalando, pensado que vivirán para siempre, que lo que a Iván le ha pasado no puede sucederles a ellos.

Entrando ahora en el pasado, en la vida del protagonista, se nos dice que ya desde joven era un chico capaz, ingenioso, decidido, y, en general, alegre, pero que cumplía a rajatabla lo que consideraba su deber y “se sentía atraído, como la mosca hacia la luz, por las personas más encumbradas en la sociedad” (Tolstói, 1980, p. 27). No porque las considerase virtuosas, sino porque las consideraba exitosas. Al final, sin salirse del decoro, acudía a fiestas y reuniones, se divertía con prudencia, y vivía de manera jovial, pero siempre pensando en esa “gente encumbrada”, pues no hacía nada que creyera podría salirse de la aprobación de dichos individuos.

Lo único que le llena es ir subiendo en escalafón social, y como él mismo afirma, “no abusaba nunca de sus facultades; pero la conciencia de este poder y la posibilidad de suavizarlo constituían para él el máximo interés y atractivo de su cargo” (Tolstói, 1980, p. 30). Vive una vida que parece una lista de la compra, pero en lugar de seleccionar verduras, cereales o cortes de carne, selecciona amistades estratégicas, moldeando su comportamiento para hacer ver que es civilizado, pero también algo crítico, acomodado no a sus creencias reales sino a lo que cree que causará mejor impresión de él. Y de esa misma forma es como elige a su esposa, dejándose llevar mínimamente por lo que le resulta agradable, como su atractivo o su carácter, pero pensando siempre en estrategias para mejorar su posición, como la alcurnia de ella.

Me parece interesante a la par que propicio señalar que Iván no es ningún déspota, no es cínico ni perverso, pero tampoco es sincero o espontáneo. No es misántropo ni apático, pero tampoco posee conciencia emocional ni responsabilidad afectiva. Se mueve dentro de ese “hombre promedio” que se mencionaba en el apartado anterior, pero con aspiraciones, a su juicio, más elevadas.

Pero la vida no siempre marcha como uno quiere, y así, tras casarse, la convivencia se dificulta en los años siguientes al matrimonio. Todo aquello que escapa a sus planes de “gente encumbrada” le es imposible de gestionar, pues la inteligencia sentimental en el personaje de todo punto brilla por su ausencia. Los hijos que tiene tampoco cambian el

panorama, y decide pues centrarse en el trabajo, pero también ahí sufre reveses, y se queda varios años estancado en la misma posición. Así, tras irse al campo con su familia, se da cuenta que el tedio que sufre es insoportable, pues lo que necesita es trabajar, subir en el escalafón, demostrarle su error a los que no le han tratado como merece, y se marcha a Petersburgo buscando un puesto con un mejor salario.

Todo esto nos permite observar la verdadera monotonía con la que Iván vive su vida, pues no se da cuenta de que esta se le escapa de las manos cada vez más deprisa. No es capaz de disfrutar del momento, del *carpe diem*, que diría Horacio, y se va progresivamente convirtiendo en una máquina apática únicamente preocupada por un éxito que no le va a reportar más beneficios reales que los que ya tiene.

Al final, consigue un puesto bastante mejor que el que tenía, y así, habiendo logrado su único objetivo, y estando su mujer muy satisfecha con ello, afirma que de nuevo vuelven a tener puntos de vista comunes y alineados. Desgraciadamente, el concepto de “puntos comunes” que posee nuestro protagonista consiste básicamente que sus planes no se vean impedidos por los planes de su esposa o de sus hijos, cosa que denota una clara falta de empatía y de preocupación por menesteres más allá de lo que estrictamente a él le conciernen.

A partir de entonces, lo único que ocupa sus pensamientos es el cómo decorar la casa para que parezca noble y, cómo no, decorosa, y como el propio autor señala, “se trataba de lo mismo que podemos ver en todas las casas de las personas no muy ricas, pero que quieren aparentarlo, y por eso lo único que logran es parecerse entre sí” (Tolstói, 1980, p, 39). En su afán por distinguirse, por creer que es único y está por encima de sus iguales, acaba convirtiéndose en uno más.

Da igual el dinero que ganes o la fortuna que amases, pues la condición del “hombre promedio” se encuentra en aquello que posees y de lo que te enorgulleces. Por eso, y como bien decía Schiller en *Cartas para la educación estética de la humanidad*, “gracias a la disposición estética del espíritu se amplía la autonomía de la razón al campo de la sensibilidad” (Schiller, 2018); o, en otras palabras, es la experiencia estética, el justo medio virtuoso entre razón e impulso, lo que nos civiliza y nos hace plenos, no los rublos que ganas al mes ni el puesto que ocupas en un ministerio.

Y es justamente entonces, en esa flamante habitación que está decorando, cuando el protagonista tiene un leve accidente, tropezándose y golpeándose el costado. Pero lo

que él consideró leve resulta que se tornará en la tragedia que acabará con su vida. Es irónico que, para una persona que siempre piensa a largo plazo, que solo se preocupa por el mañana, por tenerlo todo bien lustroso, elegante y listo para mostrar, pueda ver su vida torcida drásticamente y dramáticamente por un hecho aislado y aparentemente sin importancia. Como todos los hechos aparentemente sin importancia que pasó por alto y que luego, en su tálamo, echó en falta.

A raíz de esto, comienza a sentir dolores cada vez más fuertes, lo que lleva a que esté más irascible, lo que lleva a su vez a que el trato con su mujer sea cada vez peor, lo que deviene en que vuelvan al punto en que se encontraban los años después de casarse. Hay una escena muy interesante, y sucede cuando se decide a llamar a un médico, pues cuando este llega a su casa, le observa y le receta, Iván se enfada enormemente, pues nota en el médico una absoluta indiferencia por él, hasta que se da cuenta de que es lo que él mismo lleva toda su vida haciendo en su trabajo en los juzgados. “De la misma manera en que él procedía con los acusados, procedía con él el doctor” (Tolstói, 1980, p. 45), con formalidad, pero con absoluto desapego, y cuando se pone insistente con el doctor, este se molesta y actúa con severidad, exactamente como él mismo hacía en su trabajo.

Para el protagonista este es un duro golpe de realidad, pues pasa por la clásica clarividencia del darse cuenta de que uno no es tan especial como se creía. Pero, en los siguientes días, sigue empecinado en que la culpa de todos sus males, incluso de su creciente dolor, no es suya, sino de aquellos que le rodean, que se lo agravan al no actuar como él desea.

Y entonces comienza a darse cuenta, a percatarse de que su dolor no tiene solución médica posible, se da cuenta de que la muerte le acecha, y entonces entra en pánico. La vida a su alrededor sigue y continúa sin él; y mientras se duele en su habitación, sus amigos y familiares están abajo, festejando, y nadie se preocupa por él, como jamás él se preocupó por nadie.

Y por eso, cuando Guerásim, el encargado de cuidarle en todo momento que necesite, le muestra la comprensión que nadie más le mostraba, se siente bien. Como el propio Guerásim afirma: “Todos hemos de morir ¿Por qué no he de tomarme esta molestia? (La de cuidarle) [...] Cuando me llegue la ocasión habrá otro que también se la tome por mí”, (Tolstói, 1980, p. 62-63). Es esa muestra de dedicación, honestidad y compasión desinteresada, la que le brindan a Iván un consuelo tanto emocional como

físico. Es la representación de la vida auténtica y bien vivida, aquella que el protagonista no ha vivido, ni para con él mismo, ni para con el resto.

Así, finalmente, cuando ya está a punto de sucumbir, desea volver a los tiempos en los que fue feliz, pero su propia alma, que realmente es él mismo, le responde: “¿Cómo vivías antes, bien, de una manera agradable?”, y se da cuenta por fin de que “los mejores momentos de su vida agradable le parecían ahora completamente distintos a como entonces los imaginara. Todos menos los primeros recuerdos de la infancia” (Tolstói, 1980, p. 72). Aquella infancia que todos tenemos, y que es el *súmmum* de la inocencia, de la libertad y de la despreocupación. Algo que, siglos atrás, muy acertadamente Virgilio ya señaló en su famosa obra *Geórgicas*, proclamando que “la mejor edad para los míseros mortales huye siempre la primera; luego vienen las enfermedades y la triste vejez y el sufrimiento y nos arrebató finalmente sin piedad la inflexible muerte”, (Virgilio, 1990, p. 328). Y así recuerda Iván su vida, la cual, a medida que fue avanzando, careció cada vez más de buenos momentos. Se percata de los detalles, detalles que en su momento le resultaron normales, casi accesorios y pasados por alto, y que ahora echa de menos con todo su ser. Sus primeros sentimientos de amor, la emoción del enamoramiento. Y entonces se pregunta si es que acaso no ha vivido como debiera, cosa que le resulta absurda, pues hizo todo conforme debía. Y, aun así, cuando en su mente asalta el pensamiento final, la certeza y “la idea de que todo era debido a que había encauzado mal su vida” (Tolstói, 1980, p. 73), aun así, la rechaza.

Pero cuanto más declina ese pensamiento, cuanto más divaga, más viaja hacia el pasado, “conforme se alejaba del presente, había más vida. Había más bien en la vida y había más vida en sí. Lo uno y lo otro se fundían”, (Tolstói, 1980, p. 75). Y al final lo comprende. Ve a su mujer sufrir, y sufre su sufrimiento; ve a su hija llorarle, y a su futuro esposo que con ella compartirá su vida. Ve lo que se ha perdido, lo que jamás tuvo en estima y lo que jamás ahora podrá recuperar, y lo admite. “En realidad, toda mi vida, mi vida consciente, ha sido un engaño” (Tolstói, 1980, p. 77).

De esta forma, en una clave muy existencialista, Tolstói deja en claro que el sentido de la vida y del propio del ser no dependen de factores pecuniarios, ni de estatus, clase social, prestigio o fama. El sentido se lo otorga uno mismo basándose en el amor, en la compasión, en vivir con autenticidad. Tolstói lleva a cabo así una unión entre dos conceptos que en su momento no solían estar unidos, que son el de humanismo y fe, pues el humanismo por su parte prioriza la razón, mientras que la fe primigenia, que, para el

autor, autodeclarado como profundamente anticlerical, es algo alejado de las instituciones, algo personal, profundo y sincero. Bien es cierto que, actualmente, el diálogo fe-razón ha adquirido unas dimensiones conceptuales muy diferentes y variadas, pero hace más de un siglo esta unión era cuanto menos, notoria. Así pues, en este relato quedan pues unidas, valorando la vida, la salud, la amistad y la racional decencia del ser humano de manera inseparable con los supremos preceptos del amor al prójimo.

Como menciona el filósofo y profesor George Steiner en su obra, *Tolstói o Dostoyevski*: “*La muerte de Iván Ilich* es la contrapartida de las *Memorias del subsuelo* (de Dostoyevski); en vez de descender a los lugares oscuros del alma, desciende, con angustiosa lentitud y precisión, a los lugares oscuros del cuerpo” (Steiner, 2002, p. 289). Así, la novela narra la desdicha lenta y paulatina de enfrentarse a una inminente muerte, rodeado de dolor y de impotente frustración, pero mostrándonos que siempre es posible una redención última, una comprensión de la vida que nos permita, al menos, marchar en paz. De esta manera y como se ha mencionado con anterioridad, Kafka nos mostraba con gran pesimismo lo difícil que es salirse del sistema, teniendo muchas veces el individuo que resignarse a esa infructuosa existencia. Pero Tolstói, por el contrario, sin ser él tampoco ningún conformista que peque de un infundado optimismo, nos muestra en el personaje de Iván que nunca es tarde para lograr una iluminación existencial y moral. Pues justo al final del relato, el propio protagonista nos dice lo siguiente: “¡Se acabó!”. Y él oyó las palabras y las repitió en su alma. «La muerte acabó. Ya no existe.» Tomó una bocanada de aire, se detuvo a la mitad, se estiró, y quedó muerto” (Tolstói, 1980, p. 81).

Porque la verdadera muerte no fue la del cuerpo. La muerte la vivió durante toda su vida, en una existencia que no fue vivida; y cuando todo concluyó, concluyó pues, la muerte.

Todos los seres humanos tenemos, en mayor o menor medida, un Iván Ilich dentro de nosotros, pero es precisamente su ejemplo el que puede ayudarnos a disfrutar de la vida en su contexto, pues como bien afirmaba Séneca en su obra *Sobre la brevedad de la vida*: “Cada cual precipita su vida y se atormenta por el deseo futuro y el hastío presente. Pero quien dedica su tiempo a sí mismo, quien programa cada día como si fuera el último, no desea ni teme el mañana.” (Séneca, VII).

Quinto bloque: *Rebelión en la granja* y el problema de la política

Para concluir con el grueso del trabajo se va finalmente a comentar y analizar la obra *Rebelión en la granja*, del escritor y ensayista George Orwell. Como se mencionó en el tercer bloque, esta es muy probablemente la obra más conocida de todas las tratadas en este trabajo, y se ha elegido, aparte de por su relevancia con respecto al tema, también por la importancia que la novela ha tenido y tiene en las aulas desde hace ya varios años. Una novela ágil, probablemente la más sencilla de entender en una primera instancia — aunque con una profundidad oculta nada despreciable—, muy útil de cara a fomentar el pensamiento crítico, la autonomía intelectual y la toma de conciencia, y que funciona como una alegoría universal, aplicable a todo tipo de ámbitos. Aparte de tratar conceptos como el poder, la libertad o el control, este apartado será también el más interdisciplinar con la historia, pues todos los sucesos que en la novela se narran no dejan de ser escenas que ocurrieron en la vida real.

George Orwell (Motihari, 1903 – Londres, 1950), cuyo nombre real era Eric Arthur Blair, fue un visionario autor que reflejó como pocos la convulsa realidad del mundo occidental en la primera quincena del siglo XX. Nació en los territorios británicos de la India, y desde antes de cumplir la veintena ya dedicaba buena parte de su tiempo a escribir. A lo largo de su vida, es interesante mencionar la enorme cantidad de variados trabajos que desempeñó, desde librero o policía imperial hasta lavaplatos o miliciano, ejerciendo incluso la docencia por un breve lapso. Gracias a su dilatada experiencia en menesteres relacionados con la política, el orden y la guerra, pues llegó incluso a combatir en la Guerra Civil Española junto al bando republicano, se nutrió de un sinfín de experiencias que posteriormente plasmó en sus obras.

Así, surgieron algunas de las novelas más críticas, visionarias e incisivas sobre los totalitarismos que jamás se han escrito, yendo desde la satírica y alegórica *Rebelión en la granja*, escrita contra el estalinismo y contra los regímenes tanto autoritarios como supuestamente democráticos en general; hasta la sempiterna *1984*, una de las novelas distópicas más influyentes jamás escritas, que aun a día de hoy, casi ochenta años después, sigue siendo todo un referente por desgracia demasiado real y actual. Aparte, escribió numerosas novelas más, tanto de ficción como de no ficción, tratando desde el imperialismo hasta el costumbrismo inglés, o narrando sus desventuras en España en *Homenaje a Cataluña*, cuando militó en el partido marxista antiestalinista POUM. De

todos modos y como se ha mencionado, la obra que a continuación se tratará será *Rebelión en la granja*, por la pertinencia de las ideas que trata.

En este breve relato en forma de alegoría política, y mediante el uso de unos personajes ficticios, en este caso animales, se nos habla sobre la historia de Rusia desde el marxismo y la decadencia del zarismo hasta la consolidación total del estalinismo dictatorial de la URSS. Las ideas de Marx, Engels y Lenin están plasmadas en el personaje de Comandante, el cerdo más viejo y sabio de la granja, que en sus últimos momentos de vida le habla al resto de animales sobre las terribles condiciones en las que viven. “En la vida de un animal no hay más que desgracia y esclavitud, pero ¿se trata acaso de una ley natural?” (Orwell, 2014, p. 24). El problema es el hombre, opresor y sátrapa que les roba casi todo el producto de su trabajo, es decir, lo que Marx llama “plusvalía”. Nos afirma que “el hombre es la única criatura que consume sin producir” (Orwell, 2014, p. 24), relacionando al ser humano con los antiguos zares rusos y con las clases aristocráticas en general. Así, el Comandante, con sus últimos alientos, le cuenta al resto de los animales que, más pronto o más tarde, la revolución llegará. Como afirman Marx y Engels en el segundo capítulo del *Manifiesto Comunista*, “el movimiento proletario es el movimiento espontáneo de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede sublevarse, enderezarse, sin hacer saltar todas las capas superpuestas que constituyen la sociedad oficial” (Marx & Engels, 2014, p. 45), y, dicho con otras palabras, esas son las afirmaciones que el Comandante lanza a la granja antes de morir, junto con el cántico de la revolución y la libertad que inspira a todos los animales, el “Bestias de Inglaterra”, que equivale al himno del movimiento obrero “La Internacional”.

Cuando el comandante muere, los cerdos Napoleón, que encarna la figura de Stalin, Bola de nieve, que hace lo mismo con la de Trotsky y Chillón, que simboliza la propaganda soviética, comienzan a trabajar en el “Animalismo”, que en primera instancia es básicamente el marxismo del Comandante pero que comienza a tomar nuevas formas. En paralelo, el cuervo Moisés, que representa a la Iglesia ortodoxa rusa, siembra mentiras inteligentes para confundir, y se le echa en cara que no trabaja y que es un espía de Jones, el humano poseedor de la granja que encarna el zarismo de Nicolás II. De esta manera, los cerdos establecen que todos los animales son iguales salvo el hombre, incluidos los salvajes, que en la novela representan al lumpenproletariado, la clase más marginal de la sociedad.

Así, se narra que el señor Jones está en horas bajas, cosa que aprovechan los animales para comenzar la revolución y ganar la granja. Tras estos sucesos, establecen siete mandamientos inquebrantables, aunque solo los cerdos y algún que otro animal más son capaces de escribir y leer. Esto es importante porque Orwell nos va mostrando ya leves atisbos de cómo funciona la dominación en la política, y como bien se dice en la obra, “los cerdos en realidad no trabajaban, pero dirigían y supervisaban a los demás. Con sus conocimientos superiores era natural que asumieran el liderazgo” (Orwell, 2014, p. 40). Un régimen de terror no se instaura de la noche a la mañana, y a lo largo de la obra se aprecian clara y detalladamente los entresijos y recovecos que la burocracia entreteje para conseguir sus objetivos paulatinamente.

Si por un lado tenemos a los inteligentes cerdos, encargados de liderar la granja, por el otro tenemos la figura de los estajanovistas, un movimiento obrero que buscaba el aumento de la productividad laboral a base de esfuerzo y trabajo duro, representados en la figura de Boxeador, un enorme caballo, fuerte y poderoso, cuyo lema personal era el de “trabajaré más duro”, representando la dedicación extrema pero completamente alienada. En contraposición a este se encuentra la yegua Marieta, que representa a los rusos blancos, es decir, la burguesía que huyó tras la revolución y que quería mantener los privilegios que tenía con el zarismo pues, con tal de vivir bien y cómodamente, se plegaban a lo que fuera. Por último, y ajeno a todos, está el burro Benjamín, el cual representa a los intelectuales escépticos y pesimistas, probablemente en paralelismo con el propio Orwell.

A medida que avanza el relato, los dos líderes cerdos Napoleón y Bola de nieve comienzan a no estar de acuerdo en muchas cosas. Ellos no trabajan, se limitan a ordenar, pero por el momento proveen al resto de animales de sustento y cierta comodidad. Es aquí cuando Bola de nieve, que tiene una actitud más idealista, comienza a proponer comités para tratar de organizar la sociedad, pero todos ellos fracasan. Mientras tanto, uno de los grupos mayoritarios de la sociedad, a saber, el de las ovejas, que representan el sector de la masa alienada y sin conciencia alguna, se pasan el día repitiendo el mantra de “cuatro patas sí, dos patas no” (Orwell, 2014, p. 45). Un mantra que, pese a ser ovejas, repiten como loros, limitándose a acatar todo lo que dice Napoleón sin rechistar.

En este momento de la fábula se nos presenta a los dos grandes enemigos de la “Granja Animal”, nombre que sustituyó al de “Granja Solariega”, que son los propietarios de las dos granjas vecinas, el señor Frederick, que representa a la Alemania nazi de Adolf

Hitler, y el señor Pillington, que representa a las potencias aliadas con Winston Churchill a la cabeza. Es entonces cuando Jones, el antiguo propietario de la granja, vuelve para intentar reconquistarla, pero los animales, unidos como un único ser, lo derrotan heroicamente en la que fue la guerra civil de 1917 entre los bolcheviques y los remanentes del movimiento zarista. Tras la batalla, Bola de nieve se erige como el héroe de la granja, y aprovecha para plantear la construcción de un molino, que representa los planes de modernización de Trotsky. Así, Napoleón, que ve tambalearse su liderazgo, acaba expulsando a Bola de nieve mediante el uso de la propaganda y la desinformación de Chillón, repetida mecánicamente por las ovejas, y logra que incluso Boxeador caiga en la estrategia propagandista y comience a repetir un nuevo lema persona: “Napoleón siempre tiene razón”.

Orwell nos plantea pues la realidad de su tiempo, ejemplificada en el estalinismo, pero representando también al nazismo de Hitler, el fascismo de Mussolini y, en cierta medida, también el capitalismo exacerbado de los países aliados. Cada uno controlaba a las masas de una manera distinta, pues mientras el fascismo defendía al Estado por encima del individuo, así como el nacionalismo extremo, el nazismo añadía el racismo biológico y el antisemitismo, mientras que el estalinismo, bajo la falsa ilusión de la revolución proletaria, controlaba desde el Estado toda la economía y la sociedad, manteniendo a raya a todo opositor mediante el NKVD, representado en la novela como una jauría de perros rabiosos criados por Napoleón. Y no solo los perros, sino que con su ascenso al poder Napoleón pasa a controlar también a multitud de artistas y poetas, afines al régimen, representados por la figura del cerdo Mínimus.

De esta manera, y con el poder cada vez más afianzado, los primeros mandamientos en principio inalterables que se establecieron en la granja se van tergiversando y cambiando sutilmente para favorecer cada vez más a los cerdos, y llegan incluso a establecer tratos comerciales con granjas extranjeras, cosa que simboliza claramente los tratos que Stalin mantuvo con los líderes de las potencias enemigas. Incluso cuando el molino se destruye una noche, cosa que simboliza el fracaso de los planes quinquenales, se nos deja clara la estrategia de los dictadores, la cual es simple pero efectiva: Culpar al enemigo de lo sucedido como chivo expiatorio y proceder con la reconstrucción a expensas del sudor y la sangre de los obreros. Al fin y al cabo, mientras el pueblo trabaje, no pensará. Mientras tengan un enemigo común, no mirarán con recelo a sus gobernantes.

Aun así, la habilidad de Orwell para no dejarse matices es muy notable, y podemos observar como no todo el pueblo está completamente alienado en la figura de la yegua Trébol, que representa a la clase trabajadora que es consciente de ciertas injusticias. Aun así, se trata de una clase insuficientemente formada como para poder comprenderlas del todo, y pese a sospechar más que el resto de los animales, los cerdos siempre acaban convenciéndola.

El punto de no retorno ocurre entonces con la micro revolución que llevan a cabo las gallinas, al ver que los cerdos las obligan a poner huevos desmesuradamente, cosa que termina con las ejecuciones públicas de estas, como sucedió cuando muchos campesinos se opusieron a la colectivización forzosa de sus productos y fueron silenciados por el régimen. Así, finalmente, y con el comienzo de las ejecuciones, lo que al principio empezó como una revolución que buscaba la libertad y la soberanía se termina convirtiendo en una dictadura absoluta. A partir de entonces todo lo malo que ocurre en la granja se le atribuye a Bola de nieve —similar a lo mismo que Hitler hacía con los judíos o los comunistas gracias a la propaganda de Goebbels— hasta el punto en que comienzan las ejecuciones de aquellos que se cree que confabulan con él. El mandamiento fundamental de “no matarás a otros animales” queda dilapidado, y termina definitivamente con la revolución, comenzando así el terror.

Visto de esta manera uno puede llegar a pensar que, teniendo estos precedentes, jamás podría volver a suceder algo así en el mundo actual, pero nada más lejos de la realidad. La eliminación de opositores reales o inventados, o el uso de enemigos internos para justificar la represión, es algo que se sigue dando hoy en día en numerosos países del mundo, pero desde la burbuja de occidente no se le suele dar mucha importancia, o bien no se le quiere dar, y es algo que puede pasarnos factura, como recientemente estamos viendo con el auge de extremismos que se creía extintos hace muchos años. Mientras exista el tiempo, existirá el olvido, pues todo lo que no sea afín al poder será desterrado a él, como vemos cuando el himno “Bestias de Inglaterra” queda abolido, y los artistas de la propaganda lo cambian por uno nuevo. Con el tiempo, dicho himno, y lo que significaba, queda pues en el olvido. Porque el tiempo no siempre todo lo cura, sino que a veces infecta y destruye la memoria. Y si olvidas el ideal original del Comandante, la presente pasa a no poder contextualizarse con sus orígenes. Y así es como se escribe la historia.

“Ningún animal dormirá en una cama (con sábanas). Ningún animal beberá alcohol (en exceso). Ningún animal matará a otro animal (sin motivo)”, reescriben los cerdos, y todo de manera subrepticia, progresivamente para hacerle creer al pueblo que siempre fue así. “Pero, aunque sufrían privaciones, tenían la compensación de una vida más digna. Había más canciones, más discursos y más procesiones [...] así olvidaban que tenían la barriga vacía” (Orwell, 2014, p. 107-108), nos narra el autor. De esta forma, el pueblo ha perdido cualquier posibilidad de emancipación y de oposición, así como toda su agencia y autodominio.

Los animales están ya tan oprimidos que casi ni se sorprenden con el pacto de Napoleón con Friederick y la posterior batalla con él cuando trata de invadir la granja. Representando los pactos Ribbentrop-Mólotov entre Hitler y Stalin y la posterior batalla de Stalingrado, el pueblo es usado como carnaza y mandado a morir por sus líderes. Incluso el cuervo Moises regresa, y se le permite predicar, como sucedió cuando Stalin institucionalizó la iglesia como mecanismo de control. Así, prometiendo una futura vida magnífica, y recordando siempre lo peor que fue la anterior, el pueblo se mantiene dócil y sumiso. Vemos como Boxeador, al igual que le pasaba a Gregorio Samsa, cree en un futuro mejor, y por eso se deja dominar por una realidad terrible que promete como recompensa un inexistente futuro. Y esto se ve claramente cuando el caballo, ya mayor y sin fuerzas, es enviado al matadero, representando así que las clases dominantes utilizan como carnaza incluso a los obreros trabajadores más leales, y cuando ya no les sirven, los desechan, sacando un rédito económico en el proceso.

El único que no pierde su agencia y su conciencia crítica es el burro Benjamín, pero aun así prefiere mantenerse quieto ante el devenir de las circunstancias antes que actuar, pues como se nos menciona, “solo el viejo Benjamín afirmaba recordar cada detalle de su larga vida y saber que las cosas nunca habían sido ni podrían ser mucho mejores o peores; el hambre, la miseria y la decepción eran, decía, inalterables leyes de la vida” (Orwell, 2014, p. 118).

Y por desgracia tenía razón. Al fin y al cabo, pese a la crítica a los totalitarismos, hay también una crítica al capitalismo, que a su vez se relaciona con esa sociedad hiper productivista que tantas veces se ha nombrado ya a lo largo del trabajo. Es cierto que en los países occidentales capitalistas los jefes no te ejecutan por no cumplir tu trabajo, pero que algo ajeno sea terrible mientras que tu situación personal no lo es tanto en absoluto significa que sea buena. El obrero sigue prostituyendo su tiempo y su vida por un salario,

mientras vive en su burbuja de supuesta democracia con un poder que se le confiere tan magnífico como ir a votar cada cuatro años. Bien sea Boxeador o bien sea Samsa, ambos personajes ejemplifican la devoción hacia el trabajo, aunque eso les destruya; la devoción a un líder supremo o la devoción a una empresa, devociones que te llevan a estar dispuesto a morir encadenado soñando con que un día te darán la llave que abrirá tus esposas. Bien sea en la sociedad neoliberal moderna, bien en los países menos favorecidos, asolados por el expolio de ese capitalismo occidental; bien sea en los totalitarismos alemanes, bien en los rusos; como se sentencia al final de la obra: “Todos los animales son iguales, pero algunos animales son más iguales que otros” (Orwell, 2014, p. 121).

Finalmente, tras enterrar de nuevo el cráneo del comandante, representando así la ruptura total entre el estalinismo dictatorial y el marxismo teórico que comenzó con el proyecto revolucionario, llega la alianza de Napoleón con el granjero Pilkington, en lo que fue la Conferencia de Teherán donde Stalin, Churchill y Roosevelt se aliaron, para posteriormente romper esa alianza con sucesos históricos como el Telegrama Largo, el discurso del Telón de Acero, la Doctrina Truman o el Plan Marshall. Curiosamente, la frase final de la novela, hoy en día ya una de las más recordadas de la literatura moderna, profetizó la Guerra Fría que se llevaría a cabo entre la URSS y Estados Unidos en las décadas siguientes a la ruptura de la alianza. Y así, “los animales miraban a un cerdo y después a un hombre, a un hombre y después a un cerdo y de nuevo a un cerdo y después a un hombre, y ya no podían saber cuál era cuál” (Orwell, 2014, p. 127).

Estalinismo, nazismo, fascismo, capitalismo, franquismo; y más recientemente neoliberalismo, teocracias extremistas, chavismo o incluso trumpismo. Algunos regímenes son más totalitarios, otros lo son menos; algunos te quitan ciertas libertades, otros menos. Pero, si una cosa está clara, es que jamás hay que dejarse convencer sin cuestionar, nunca hay que acatar sin pensar, ni obedecer sin dudar. Ejercer el pensamiento libre, autónomo y crítico es la mejor vía para, no solo evitar volver a caer en los errores del pasado, sino también para tratar de mejorar todos los problemas del presente. Y en ese panorama, la educación es indispensable.

PLAN DE TRABAJO

A continuación, se formulará el plan de trabajo basado en las fases seguidas a la hora de elaborarlo, así como los tiempos en que dichas fases se fueron realizando.

Fase 1. Estudio de viabilidad, delimitación del tema y formulación del problema

- Definición del objeto de estudio.
- Revisión inicial de bibliografía que se utilizará.
- Formulación del resumen, la justificación, la hipótesis y los objetivos.

Fase 2. Revisión bibliográfica y estado de la cuestión

- Localización y selección de fuentes académicas pertinentes.
- Estudio de autores sobre didáctica de la filosofía.
- Estudio de autores sobre literatura como herramienta pedagógica.
- Análisis de autores de literatura filosófica.

Fase 3. Selección y análisis del corpus literario

- Selección de las obras y explicación de su importancia.
- Identificación y redacción de los problemas filosóficos presentes en dichas obras.
- Relación y análisis de dichos problemas con los bloques curriculares de Filosofía.

Fase 4. Redacción y revisión final

- Elaboración de plan de trabajo y metodología
- Redacción de discusión y conclusiones.
- Revisión bibliográfica.
- Corrección y maquetación del trabajo.

Fases	Temporalidad
Estudio de viabilidad, delimitación del tema y formulación del problema	Semana 1
Revisión bibliográfica y estado de la cuestión	Semana 2
Selección y análisis del corpus literario	Semana 3
Redacción y revisión final	Semana 4

METODOLOGÍA

La presente investigación se enmarca en una metodología cualitativa de carácter documental y hermenéutico, pues, mediante la revisión bibliográfica y el análisis textual de las obras literarias seleccionadas se identifican y estudian a su vez los grandes problemas filosóficos que en ellas se encuentran presentes, valorando posteriormente su potencial didáctico para la enseñanza de la filosofía en las etapas finales de la ESO y en todo Bachillerato. Como se ha mencionado en el apartado anterior, la investigación se llevó a cabo en varias fases distintas.

Primeramente, se realizó una revisión bibliográfica destinada a identificar las principales aportaciones de autores relevantes y pertinentes en el ámbito de la pedagogía, la literatura, la enseñanza de la filosofía, y la combinación de todas. Así, se pudo establecer el marco teórico, la justificación y la posterior elaboración del estado de la cuestión.

Tras esto, se procedió a la selección de un corpus de obras literarias breves, en formato de relatos o novelas cortas, con una reseñable carga filosófica. Dicha selección se realizó atendiendo a criterios de accesibilidad para el estudiante, longitud pertinente, interés didáctico y pedagógico y, por supuesto, relevancia tanto filosófica como literaria e histórica.

Seguidamente, se efectuó un análisis textual, hermenéutico e interpretativo de las obras escogidas, identificando los principales problemas filosóficos presentes en ellas y relacionándolos con los cinco bloques curriculares presentes actualmente en la enseñanza de la asignatura de filosofía. Esto permitió valorar el potencial didáctico de las obras y justificar su idoneidad.

Por último, se analizó cómo la investigación en su conjunto permitió fundamentar la hipótesis de partida, valorando las posibilidades pedagógicas que ofrece la literatura filosófica como vía de introducción a los grandes problemas de esta disciplina del saber sin renunciar al rigor académico que la caracteriza.

DISCUSIÓN

En este apartado se procederá a retomar el estado de la cuestión, pero analizando si, tras la investigación y la propuesta de lecturas, este sigue siendo coherente y apto de cara a cimentar las bases del trabajo en sí.

En general, considero que, en lo que respecta a confirmar la hipótesis principal, la investigación respalda la idea de que la literatura puede funcionar como herramienta didáctica y pedagógica a la hora de enseñar filosofía en la escuela. Así, el uso de relatos, cuentos y novelas cortas, si estos poseen una reflexión filosófica reseñable de cualquier tipo, y por supuesto pudiendo variar, cambiar y añadir nuevas y diferentes obras a la lista, son un recurso ya no solo viable, sino también llamativo, motivador y entretenido para nuestros jóvenes. Al fin y al cabo, si bien la enseñanza no debe ser una actividad de festividad y jolgorio, pues debe mantener siempre una pertinente seriedad, es importante tratar siempre de inculcarles a los alumnos un gusto por el aprendizaje, una motivación que los lleve a desear adquirir conocimientos sin verlo como un mero requisito para aprobar, terminar la escuela o cumplir las expectativas de sus padres. Y lo bueno de los relatos seleccionados es que, de una u otra forma, se acercan a poder lograr esto. Como se ha comentado varias veces con anterioridad a lo largo del trabajo, la filosofía es una asignatura densa, abstracta y compleja para muchos estudiantes —y también, aunque de distinto modo, para los propios maestros— y utilizar la narración literaria como herramienta para tratar de esclarecer esa complejidad terminológica y textual es una muy buena forma de lograrlo, nunca en sustitución de los textos puramente académicos, pero sí como complemento de estos.

Seguidamente, relacionado directamente con el estado de la cuestión, primeramente, en cuanto a la didáctica de la filosofía, se puede considerar que las conclusiones coinciden con los planteamientos y las ideas tanto de Dewey como de Freire de manera bastante fructífera. Primeramente, en cuanto a John Dewey, la selección de las obras analizadas permite adquirir aptitudes en consonancia con los planteamientos del autor, como el aprendizaje significativo mediante la enseñanza de conceptos filosóficos, la participación activa del estudiante mediante la discusión literaria o la conexión entre los contenidos impartidos y las propias experiencias académicas y personales de los estudiantes. Y seguidamente, en cuanto a Paulo Freire, y en buena medida también relacionado con Dewey recíprocamente, dichas lecturas permiten una educación dialógica

con los estudiantes, en lugar de únicamente hacerles apuntar ideas o conceptos, permitiendo que desarrollen conciencia crítica y puedan, si no adquirir una conciencia emancipadora, al menos sí ser conscientes de la posibilidad de comenzar a desarrollarla mediante el ejercicio de esa actividad crítica y propia, de manera continuada y progresiva a lo largo del tiempo.

A continuación, hablando de la literatura como herramienta pedagógica, se considera que la propuesta de investigación respalda y confirma las tesis de Nussbaum, Ordine y Lledó sobre el valor formativo e instructivo que la literatura posee de cara a poder marcar un cambio a mejor en la forma de enseñar a los jóvenes. Dicha literatura, más allá de meramente transmitir conocimientos — que por supuesto es la piedra angular de la enseñanza— permite al estudiante ir creándose un bagaje cultural profundo y adquirir progresivamente una experiencia real que le permita reflexionar y dialogar con sus compañeros, favoreciendo también así la empatía, el compañerismo, la puesta en común de ideas entre sí, y por supuesto la comprensión lectora. De diversas formas, las obras propuestas hacen pensar al estudiante sobre la importancia de no creerse el centro del mundo, de colaborar en comunidad con sus compañeros, familiares y seres queridos, de aceptar y asumir los reveses que la vida les tiene preparados no de una forma desalentadora, sino como una experiencia formativa y necesaria, y por supuesto hacerles conscientes de que la vida no debe ser vivida pensando siempre en el futuro profesional sin disfrutar del presente, pues el viaje es más importante que el destino.

Y, finalmente, con respecto a la relación existente entre filosofía y literatura, la investigación demuestra que ambas disciplinas son, a menudo, inseparables. Evidentemente sí pueden distinguirse analíticamente, y tanto una como la otra tienen a su vez multitud de ramas, subdisciplinas o subgéneros que pueden funcionar de manera más independiente, pero por lo general es bastante acertado afirmar que muchas obras literarias, y sobre todo los clásicos casi en su totalidad, funcionan a su vez como espacios de profunda reflexión filosófica, y por supuesto muchas veces también histórica, científica o artística. La investigación en sí está planteada para adecuarse a lo dicho en el estado de la cuestión, a saber, para que se amolde de la mejor forma posible a esa tradición en la cual la filosofía y la literatura se vinculan estrechamente.

Seguidamente, como en los primeros apartados del trabajo se comentaba, se considera que la propuesta de lecturas cumple bien con la organización en base a los bloques curriculares de la asignatura de filosofía, muchas de las obras permitiendo

también un diálogo interdisciplinar, por un lado, entre los distintos bloques, y por el otro entre diferentes asignaturas, como la de historia. En cuanto al intento de buscar lecturas a la vez profundas y accesibles, se considera que las planteadas en la propuesta cumplen con los requisitos tanto de brevedad y de factibilidad como de complejidad y heterogeneidad de conocimientos, moviéndose bien en el justo medio entre lecturas excesivamente técnicas e inmoderadamente elementales.

En cuanto a aplicaciones a futuro, se considera que la propuesta podría, trabajándose convenientemente y elaborando los aspectos programáticos necesarios, llevarse a cabo dentro del aula. Bien es cierto que en el curso de 2º de Bachillerato la temporalidad hace imposible salirse del plan estipulado debido a los exámenes de la EVAU, pero en 1º de Bachillerato o en 4º de ESO podría adaptarse y plantearse de cara a observar y analizar si produce los resultados esperados. Las lecturas, además, están establecidas para poder complementarse y también cambiarse por otras distintas si esto pudiera beneficiar al alumnado, todo ello sin que el grueso de la intención del trabajo se viese demasiado afectado. Por poner algunos ejemplos, tratando en política obras como *El señor de las moscas* de Golding, cuentos de Alan Poe en la ontología o en la antropología, o *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde en la ética; incluso pudiendo recurrir a novelas más allá de los clásicos o al propio mundo del cómic, que también posee obras con una profundidad filosófica inmensa. En general, la propuesta funciona adecuadamente para que puedan darse en ella ampliaciones en el corpus de sus obras literarias.

Aun así, y como es evidente, no es una propuesta que carezca de posibles limitaciones o flaquezas, y remarcarlas, de cara a, en un hipotético futuro, analizarlas para mejorarlas, siempre es pertinente. Por ejemplo, la selección de lecturas puede terminar no siendo la más propicia para el alumnado, haciendo que puedan no encontrarlas interesantes o motivadoras y teniendo que cambiarlas. También, aunque sean obras relativamente accesibles, y por mucho que los alumnos de esas edades no son niños, como se mencionaba al principio, el hecho de que cada vez haya menos comprensión lectora o capacidad atencional puede hacer también que el lenguaje de dichas obras suponga un escollo diacrónico para los estudiantes. Es evidente también que cada alumno es un microcosmos de intereses, afinidades e inquietudes distintas, y no todos responderían de la misma forma tanto a la actividad en general como a las propuestas de lectura en particular, y por eso es tan importante que el abanico sea todo lo amplio que se pueda sin

salirse de la esencia del trabajo, para así tratar de adaptarse según la edad, el contexto o los intereses de la mejor manera posible. Y, finalmente, por supuesto que llevar a la práctica la investigación requeriría de efectuar mediaciones, seguimientos y continuas puestas en común con los alumnos, estableciendo si fuese necesario tutorías o reuniones que les orientasen.

En suma, a lo largo de todo el grueso del trabajo se considera que el estado de la cuestión, así como también la propuesta en sí, se han justificado y desarrollado satisfactoriamente de cara a afirmar que la literatura filosófica constituye un recurso pedagógico pertinente y viable en lo referente a que nuestros jóvenes puedan acercarse a ideas filosóficas profundas de forma accesible, entretenida y formativa, ayudando y contribuyendo a que desarrollen ya no solo unas competencias curriculares determinadas sino, en un plano más amplio, un pensamiento crítico, una competencia lectora, una reflexión autónoma y una capacidad de vivir la vida en consonancia con sus semejantes de manera más ética y feliz.

CONCLUSIÓN

Pues bien, una vez llegados a este punto, con el trabajo casi concluido, se procederá finalmente a señalar los que se considera son sus aportaciones más relevantes y pertinentes, junto con el por qué se considera importante a su vez el mensaje que trata de transmitir.

A lo largo de este trabajo se han analizado una serie de obras concretas que, se considera, pueden enseñarles a los jóvenes de hoy problemas filosóficos, literarios e históricos de una manera que les sea atractiva y accesible, pero sin perder ese rigor y esa profundidad que tanto caracteriza, en general, al conocimiento. Pero más allá de estos análisis, el propósito principal del trabajo era, nada más y nada menos, que tratar de mostrar la importancia que la filosofía, en consonancia con la literatura u otras disciplinas, tiene y tendrá siempre en la formación y en la vida de jóvenes y adultos. No solo importancia, sino axiomática trascendencia. Y la labor de los profesores es hoy, quizá, más importante que nunca.

No se entrarán a comentar aspectos que ya se plantearon en la introducción, como la terriblemente negativa forma en que la idiosincrasia del neoliberalismo y de los peores aspectos del capitalismo híper productivista afectan a las humanidades, la educación y las ciencias, temas que mencionaban con Ordine, Nussbaum o Monegal; o las bondades que la didáctica de la filosofía o el propio estudio de la filosofía tienen en los jóvenes. Pero sí se tratará de hacer, en consonancia con el trabajo y a modo de breve conclusión reflexiva final, una llamada a seguir educando humanidades en las escuelas.

Como se mencionaba, el trabajo ha tratado de mostrar y analizar cinco obras con profundos contenidos filosóficos accesibles a nuestros jóvenes, pero más allá de dichos contenidos, el objetivo que tienen también es que les sirvan a los alumnos para interesarse por la filosofía y por la literatura. El primer paso, que es conseguir que los jóvenes lean, ya está dado; la clave consiste en que nosotros como profesores vayamos más allá, para que ellos también puedan hacerlo, educarles para que puedan salir de su zona de confort. Así, las herramientas necesarias para que dichos jóvenes puedan salir al mundo y desenvolverse de una forma ética, honesta, justa e íntegra, tanto en el ámbito puramente escolar y académico, como en el afectivo, familiar y social, les serán otorgadas por la filosofía, la literatura, y las humanidades en general. Y para lograr eso se necesita saber

educar, y, sobre todo, querer hacerlo por vocación y para mejorar la vida de todos nuestros estudiantes, pues como menciona aquella famosa frase, a menudo atribuida a Aristóteles en su obra *Ética a Nicómaco*, “educar la mente sin educar el corazón no es educar en absoluto”.

Kant ya lo expresó en su obra *Pedagogía*, afirmando que “la educación y la disciplina convierten la animalidad en humanidad [...] Solo mediante la educación el hombre llega a realizarse como tal” (Kant, p. 7). Los contenidos son esenciales, pero de nada sirven si no se es capaz de enseñarlos bien, y para eso no basta con impartirlos miméticamente año tras año. Es necesario aprender a aprender, aprender haciendo, evolucionar día a día con nuestros alumnos y compañeros y, sobre todo, hay que educar conforme al ideal de la humanidad, de acuerdo a un estado mejor siempre a futuro. Porque muchos gobernantes, políticos, empresarios, o incluso a veces las familiares u otros profesores educan en el presente de la inmediatez, como medio y no como fin. Y educar a futuro no significa no vivir el presente, sino todo lo contrario, pues educarse para el futuro es el medio que nos permite ser libres, mientras que vivir en el presente es el fin que nos permite ser felices.

Así pues, hay que tratar de educar en la virtud. Debemos tratar de que nuestros alumnos lleguen a ser virtuosos, es decir, que aprendan de cara al buen obrar, a saber desenvolverse, a lograr una autonomía crítica y, quizá lo más importante, a lograr a adquirir la felicidad mediante su búsqueda constante. Sin felicidad no puede existir la vida, y esto es algo que, aunque se predica desde los antiguos griegos, cada vez se enseña menos. Y la vía para lograrla es la razón, y la razón se adquiere mediante la educación constante en la búsqueda de conocimiento.

Por eso, considero adecuado finalizar este escrito con una cita de Séneca en su obra *Sobre la vida feliz*, que resume bien el propósito de este, y reza lo siguiente: “Es feliz quien tiene rectitud de juicio; [...] y aquel a quien la razón respalda en cualquier aspecto de su conducta”, (Séneca, VI).

BIBLIOGRAFÍA

Bloom, H. (2006). *Cómo leer y por qué*. Anagrama.

Compagnon, A. (2018). *¿Para qué sirve la literatura?* Acantilado.

Homero. (2014). *Iliada*. Gredos.

Kafka, F. (2023). *La metamorfosis*. Alianza.

Kaku, M. (2010). *Física de lo imposible*. Debolsillo.

Kant, I. (2021). *Pedagogía*. Akal.

Lovecraft, HP. (2024). *La llamada de Cthulhu*. Penguin.

Marx, K & Engels, F. (2014). *Manifiesto Comunista*. Nòrdica.

Monegal, A. (2022). *Como el aire que respiramos. El sentido de la cultura*. Acantilado.

Moore, A. (2009). *La broma asesina*. Planeta DeAgostini.

Navarra, A. (2019). *Devaluación continua*. Tusquets.

Nietzsche. (1996). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Tecnos.

Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz.

Ordine, N. (2013). *La utilidad de lo inútil*. Acantilado.

Ordine, N. (2016). *Clásicos para la vida. Una pequeña biblioteca ideal*. Acantilado.

Orwell, *Rebelión en la granja*, 2014, Debolsillo.

- Ruiz, G. (2013). *La teoría de la experiencia de John Dewey: significación histórica y vigencia en el debate teórico contemporáneo*. Foro de Educación, 11(15), pp. 103-124.
- Schiller, F. (2018). *Cartas para la educación estética de la humanidad*. Acantilado.
- Séneca. (2023). *Sobre la brevedad de la vida*. Acantilado.
- Séneca. (2023). *Sobre la vida feliz*. Acantilado.
- Steiner, George. (2002): *Tolstói o Dostoievski*, España, Siruela.
- Tolstói, L. (1980). *La muerte de Iván Ilich*. Ultramar.
- Tolstói, L. (2019). *Anna Karenina*. Alma.
- Virgilio. (1990). *Geórgicas*. Gredos.
- Voltaire. (2013). *Micromegas*. Alianza.

WEBGRAFÍA

- Buceta, M. (2022, 28 de mayo). *Entre filosofía y literatura: Albert Camus y la transición de la existencia absurda hacia la comunidad solidaria*. Revista Humanidades. [Entre filosofía y literatura: Albert Camus y la transición de la existencia absurda hacia la comunidad solidaria](#)
- Flecha García, R & Puigvert, L. (1998). *Aportaciones de Paulo Freire a la educación y las ciencias sociales*. [file:///C:/Users/prefn/Downloads/DialnetAportacionesDePauloFreireALaEducacionYLasCienciasS-117989%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/prefn/Downloads/DialnetAportacionesDePauloFreireALaEducacionYLasCienciasS-117989%20(1).pdf)
- Innerarity, D. (1998): *La seducción del lenguaje: Nietzsche y la metáfora*. Universidad de Zaragoza. [Dialnet-LaSeducccionDelLenguaje-3041221 \(2\).pdf](#)
- Lledó, E. (2014, 27 de junio). *Emilio Lledó: “La raíz del mal está en la ignorancia, el egoísmo, la codicia”*. Lecturas sumergidas. [Emilio Lledó: “La raíz del mal está en la ignorancia, el egoísmo, la codicia” – Lecturas Sumergidas](#)
- Ministerio de Cultura. (2025). *Hábitos de lectura y compra e libros en España*. Conecta. <https://federacioneditores.org/wp-content/uploads/2026/01/260122PRS-FGEE-Habitos-lectura-2025-Avance.pdf>
- Urban, T (2015). *Paradoja de Fermi*. Verne. El País. [La paradoja de Fermi: ¿dónde está todo el mundo? | Verne EL PAÍS](#)